



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Logos, Jal.

Agosto de 2012

Nº 366

**AÑO DIOCESANO
DE LA FE
E IDENTIDAD
CRISTIANA**

"La Fe es la adhesión a Cristo"

S.S.
BENEDICTO XVI
AÑO DE LA FE
OCT. 2012 - NOV. 2013



ANNO DOMINI FEDE 2012 2013

SUMARIO:

Presentación	1
Gestación del Año de la Fe	2
El Año de la Fe en nuestra diócesis.....	7
Descripción general de la Fe	11
Los varios sentidos de la Fe:	
Fe teológica: «Justificados por la fe»	15
Fe psicológica: «Nuestra respuesta de fe»	17
Fe eclesial: «Esta es la fe de la Iglesia que nos gloriamos de profesar» ..	18
Fe carismática: «El poder de la fe»	20
Obligación de profesar, conservar y extender la Fe	22
Pecados contra la Fe	25
El conocimiento de Fe	28
La Fe y la Caridad	30
Coherencia entre Fe y Vida	31
María, mujer de Fe	37
La Fe en el Concilio Vaticano II y en el Catecismo de la Iglesia Católica	39

«La Fe es la adhesión a Cristo»

Benedicto XVI

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Consejo Diocesano de Pastoral

Diócesis de San Juan de los Lagos.

El Santo Padre Benedicto XVI nos ha invitado a vivir un año dedicado a la fe y la principal motivación es que en este año redescubramos la belleza de la fe, don de Dios para crecer en nuestra adhesión total a la persona de Dios.

«La fe es un acto personal y comunitario: es un don de Dios, para vivirlo en la gran comunión de la Iglesia y comunicarlo al mundo. Cada iniciativa del Año de la fe busca favorecer el gozoso redescubrimiento y el renovado testimonio de la fe. Las indicaciones aquí ofrecidas tienen el objetivo de invitar a todos los miembros de la Iglesia a comprometerse para que este año sea una ocasión privilegiada para compartir lo más valioso que tiene el cristiano: Jesucristo, Redentor del hombre, Rey del Universo, «iniciador y consumidor de nuestra fe» (Heb 12, 2)» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota con indicaciones pastorales para el Año de la Fe: conclusión: 6 ene 2012).

«La fe «es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo» (PF 15).

El desafío es grande y nos incluye a todos. Pues aunque la Fe es un don infuso que se nos da en el Bautismo, está en nosotros vivirlo y darle sentido. La respuesta no es de otros, sino pertenece a cada uno de nosotros y a nadie más. Esa respuesta se da eclesialmente, pero ha de personalizarse de modo libre y consciente. Una *fe adulta* es una fe personal, valiente, sin miedos infantiles. La fe adulta sólo se encuentra en personas adultas que no tienen miedo a preguntarse, no temen a la duda, a caminar a contracorriente, a protestar ante el Sanedrín, a preguntar, una y otra vez a Jesús: ¿dónde vives?

No es lo mismo creer en Dios de una manera ciega que creerle a Dios con un corazón dispuesto y generoso para dejarse ayudar y comprometerse a

Presentación

EL AÑO DE LA FE

«**Scio cui credidi**»

*Yo estoy seguro en quien he puesto toda mi fe
(2 Tm 1, 12)*

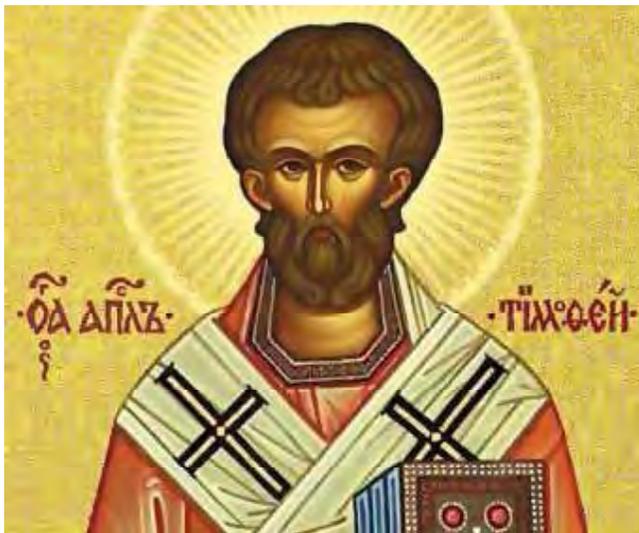
vivir dando testimonio de Aquél que vive en nuestro corazón. Cuando le creemos a Dios reconocemos su bondad y sabiduría, descubrimos a Dios en medio de los acontecimientos de la vida cotidiana. Creerle a Dios es darse cuenta del designio del Padre para que estemos siempre unidos a Él. Creerle a Dios es vivir impulsados por la gracia del Espíritu Santo y dejar que ese Espíritu ilumine nuestro sendero que nos conduce al encuentro con Cristo.



Este Boletín te ofrece un conjunto de temas acerca de la fe. Dentro de la pluralidad y diversidad de temas, esperamos encuentres un río de pensamientos nuevos, luces nuevas que no te dejen indiferente: te indignarás o te tranquilizará. No te pares: sigue tú pensando, buscando. Vive tu fe como un adulto. Decía la Madre Teresa de Calcuta: «Si puedes correr, corre; si no puedes correr, al menos trota; si no puedes trotar, entonces camina; si se te dificulta caminar, toma el bastón; pero no te detengas». La misma vida te

hablará de Dios. «*Muchas cosas ahora ustedes no pueden comprender. El Espíritu los irá llevando hacia la Verdad plena*». Y cuando seas confirmado en la fe, confirma a tus hermanos.

Empecemos a preparar el corazón para vivir con intensidad el Año de la Fe, un año de gracia que nos permitirá crecer en la fe. Aceptemos la invitación del Papa para tener una fe que ha de ser creída, celebrada, orada y vivida. Empecemos a adentrarnos en el misterio de la fe con la lectura y oración del Catecismo de la Iglesia Católica y así llegaremos mejor preparados al 11 de octubre día en que solemnemente se abrirá el año de la fe.



San Timoteo

El Papa Benedicto XVI, consciente de que el mundo le da cada día más la espalda a Dios, nos convoca a recuperar y revitalizar nuestra Fe cristiana, que se ha ido desgastando peligrosamente en el corazón del hombre.

Así, **el 16 octubre 2011**, en la Misa del encuentro «Nuevos evangelizadores para la nueva evangelización», **anunció la celebración del «Año de la Fe»**. Iniciará el 12 octubre 2012 (*50° aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II y 20° de la promulgación del Catecismo de la Iglesia católica, en el marco de la XIII asamblea del Sínodo de los Obispos sobre «La nueva evangelización para transmitir la fe cristiana»*). Y terminará el 24 noviembre 2013 (*solemnidad de Cristo Rey del universo*).

Su idea es promover un nuevo envío para dinamizar y dar fuerza a una nueva y urgente evangelización que permita al mundo rescatar las creencias y valores de la fe cristiana, que se están perdiendo al influjo de poderosas tentaciones de la postmodernidad, al sacar a Dios como centro de nuestra vida. Hará, pues, un nuevo envío, porque el Reino de Dios está cerca y sólo partir de la Fe podremos ir al Padre.

Este Año de la Fe busca «dar un renovado impulso a la misión de toda la Iglesia, para conducir a los hombres, lejos del desierto en el cual muy a menudo se encuentran en sus vidas, a la amistad con Cristo que nos da su vida plenamente». «Será un

GESTACIÓN DEL AÑO DE LA FE

«**Scio cui credidi**»

*Yo estoy seguro en quien
he puesto toda mi fe*

(2 Tm 1,12)

momento de gracia y de compromiso por una cada vez más plena conversión a Dios, para reforzar nuestra fe en Él y para anunciarlo con gozo al hombre de nuestro tiempo».

En el Ángelus del mismo domingo, el Santo Padre recordó que Pablo VI también convocó a un Año de la Fe en 1967, a los 1900 años del martirio de San Pedro y San Pablo. Y Juan Pablo II dedicó el año 1997, en la preparación del Gran Jubileo, como Año de Jesucristo, de la Fe y del Bautismo.

El Año de la Fe de 1968 recordaba el martirio del apóstol Pedro, en el contexto de la emergencia juvenil en el panorama mundial y su represión. Pablo VI lo concluyó con la profesión de Credo del Pueblo de Dios. Ahora, las efemérides del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia católica serán un momento de reflexión en un contexto de crisis generalizada, que golpea también la fe. Sólo tomando conciencia de la crisis, se pueden encontrar las formas para dar remedio a este momento crítico.

El secularismo, en nombre de la autonomía individual, pide la independencia de cada autoridad revelada y hace suyo el programa de 'vivir en el mundo como si Dios no existiera'. La crisis de fe es expresión dramática de una crisis antropológica que dejó al hombre abandonado a sí mismo, confundido, solo, a merced de fuerzas de las que no conoce el rostro, sin una meta a la cual dedicar su existencia.

El Año de la Fe, servirá para sostener el testimonio de tantos creyentes que, en las fatigas cotidia-

nas, no dejan de confiar con convicción y valor su propia existencia al Señor Jesús. Ofrecerá: a los que ya creen, un apoyo en la fe cotidiana; a quienes están buscando o tienen nostalgia de Dios, un signo concreto de su presencia viva en medio de nosotros: la experiencia de Jesucristo que debe ser comunicada. A los que ni se plantean el tema de la ausencia de Dios, viven sin Dios, o como si no existiera, será una contribución particular al actual momento histórico que estamos viviendo.

El 11 octubre 2011, entregó la **Carta apostólica en forma motu proprio «Porta fidei»**, con la cual **convoca el Año de la Fe**. ««La puerta de la fe» (Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el Bautismo (Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la Resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (Jn 17, 22)» (PF 1).

«Habrà que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este *Año*, las comunidades religiosas, parroquiales, y todos los entes eclesiales antiguos y nuevos, encontrarán la manera de profesar públicamente el *Credo*» (PF 8).

«Deseamos que este *Año* suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza.

Será también ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10). Al mismo tiempo, esperamos que el *testimonio* de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada (deposito de la fe), y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este *Año*» (PF 9).



El 6 enero 2012, la **Congregación para la Doctrina de la Fe** publicó la anunciada «**Nota con indicaciones pastorales para el Año de la Fe**», señalando algunas **propuestas** a realizar a nivel *Iglesia universal*; a nivel *Conferencias episcopales*; a nivel *Diócesis*; y a nivel *parroquias y comunidades, asociaciones y movimientos*, con el objetivo de favorecer «el

encuentro con Cristo a través de testigos auténticos de la fe y aumentar el conocimiento de los contenidos de la fe».

El «Año de la fe desea contribuir a una renovada conversión al Señor Jesús y al redescubrimiento de la fe, de modo que todos los miembros de la Iglesia sean para el mundo actual testigos gozosos y convincentes del Señor resucitado, capaces de señalar la «puerta de la fe» a tantos que están en búsqueda de la verdad» (Introducción).

Será una ocasión privilegiada para promover el conocimiento y la difusión de los contenidos del concilio Vaticano II «rechazando como errónea la llamada ‘hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura’, y promoviendo la ‘hermenéutica de la reforma’, una renovación dentro de la continuidad», y del Catecismo de la Iglesia Católica.

«En el Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización se establecerá una secretaría especial para coordinar las diversas iniciativas sobre el Año de la fe». Y abrirá «un sitio especial en

Internet, para proporcionar información útil» al respecto.

La fe «es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo». La fe es un acto personal y comunitario: es un don de Dios, para vivirlo en la gran comunión de la Iglesia y comunicarlo al mundo. Cada iniciativa del Año de la fe busca favorecer el gozoso redescubrimiento y el renovado testimonio de la fe. La indicaciones aquí ofrecidas tienen el objetivo de invitar a todos los miembros de la Iglesia a comprometerse para que este año sea una ocasión privilegiada para compartir lo más valioso que tiene el cristiano: Jesucristo, Redentor del hombre, Rey del Universo, «iniciador y consumidor de nuestra fe» (Heb 12, 2).

El **2 febrero 2011** se presentaron los **Lineamenta para el Sínodo de los Obispos 2012**, para recoger aportaciones de las Diócesis, Conferencias Episcopales, Institutos teológicos y Dicasterios, suscitando una muy amplia participación. Presenta seis escenarios interesantes (como base el escenario cultural, la secularización, el fenómeno migratorio, el escenario económico y político, la investigación científica y tecnológica) y los cambios en el escenario religioso, que obligan a una renovada forma de profesar y transmitir nuestra fe.

El **11 abril 2011**, envió la **Congregación para el Clero** una **Carta Pastoral** a las Conferencias Episcopales, con un **cuestionario** sobre la recepción y pastoral del Catecismo de la Iglesia Católica, preparando el Año de la Fe y el Sínodo.

El **22 mayo 2012** se presentó el **Instrumentum Laboris para el Sínodo de los Obispos**, sintetizando las aportaciones de los distintos organismos eclesiales, con un lenguaje muy pastoral y patristico, muy en la línea de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI: Jesucristo, evangelio de Dios para el hombre; es tiempo de una nueva evangelización; la transmisión de la fe cristiana en el contexto actual.

El jueves **21 junio 2012**, Mons. Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, presentó el **Calendario del Año de la Fe**, con los eventos principales, el logotipo, el himno, y otros particulares.

Eventos con la presencia del Papa

- 11 oct 2012: Apertura del Año de la Fe en Plaza de San Pedro.
- 21 oct: canonizaciones.
- 25 ene 2013: Celebración ecuménica en la Basílica de San Pablo extramuros.
- S 2 feb, celebración para los consagrados en la basílica de san Pedro.
- D 24 mar, Ramos, dedicado a los jóvenes que se preparan a la JMJ.
- D 28 abr, para jóvenes que recibieron la Confirmación. Confirmaciones.
- D 5 may. La fe en la piedad popular: forma peculiar de fe de pueblo, y cofradías.
- Vigilia de Pentecostés, 18 mayo, para los movimientos; peregrinación a la tumba de san Pedro.
- D 2 jun Corpus: Adoración eucarística simultánea en todo el mundo.
- D 16 jun: Testimonio del 'Evangelio de la vida' en defensa de la dignidad de la persona desde la concepción hasta su muerte natural.
- D 7 jul. En San Pedro, peregrinación de seminaristas, novicios y caminantes.
- 23-28 jul: Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro.
- 29 sept: para catequistas; 20º aniversario de la publicación del CEC.
- D 13 oct: presencia de todas las realidades marianas, para indicar que la Virgen María, madre de Dios puede realizar auténticas maravillas.
- D 24 nov: jornada conclusiva del Año de la Fe.

El Papa dedicará las catequesis de los miércoles al tema de la fe.

Los dicasterios celebrarán los 50 del Concilio con congresos e iniciativas culturales. Eventos de carácter cultural, en arte, literatura y música, donde tantos han expresado su genialidad y su fe. Exposición de obras particulares sobre la figura del apóstol Pedro en el Castillo del Santo Ángel (7 feb - 1 may). Gran concierto en la Plaza de San Pedro S 22 jun.

En septiembre saldrá en diversos idiomas el «Subsidio Pastoral, Vivir el Año de la Fe», para las comunidades parroquiales y quienes quieran conocer los contenidos del Credo.

Imagen símbolo

El Cristo de la catedral de Cefalú, con el credo nicenoconstantinopolitano, pues «uno de los objetivos del Año de la Fe es hacer del Credo la oración cotidiana, aprendida de memoria, como era costumbre en los primeros siglos del cristianismo».

Página web

www.annusfidei.va con informaciones en varios idiomas.

Logo tipo

Representa una barca, imagen de la Iglesia navegando sobre las aguas. El mástil mayor es una cruz que iza las velas que contienen signos con el trigramma de Cristo (IHS). En el fondo de las velas está el sol, que asociado al trigramma nos lleva a la Eucaristía.



Himno oficial:

Credo, Domine, adauge nobis fidem es el estribillo que permanece como invocación al Señor pidiendo nos aumente la fe, siempre débil y necesitada de su gracia.

«Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin» (PF 15). «El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad... La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino» (PF 14).

Este Año de la Fe no puede quedar al margen de nuestro proceso de pastoral, mucho menos entorpecerlo, sino que debemos integrarlo como un apoyo, que nos pone en comunión con la Iglesia universal y nos hace avanzar en la marcha de nuestra Iglesia particular. No olvidemos que esta-

mos intentando crear un nuevo modelo social de Iglesia, guiados por el Documento de Aparecida, en una Misión Continental permanente, que intenta, a partir de los últimos, hacer de cada cristiano un discípulo misionero de Jesucristo con el fin de que nuestros pueblos tengan vida en Él.

«Esta V Conferencia se propone la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que,

en virtud de su Bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo. Se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia

de variadas ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos» (A 10).

«La Iglesia... no puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu» (A 11).

«No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas

normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. A todos nos toca recomenzar desde Cristo (NMI 28-29), reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (A 12).

«... Nos encontramos ante el desafío de revitalizar nuestro modo de ser católico y nuestras opciones personales por el Señor, para que la fe cristiana arraigue más profundamente en el corazón de las personas y los pueblos como acontecimiento fundante y encuentro vivificante con Cristo. Él se manifiesta como novedad de vida y de misión en todas las dimensiones de la existencia personal y social. Esto requiere, desde nuestra identidad católica, una evangelización mucho más misionera, en diálogo con todos los cristianos y al servicio de todos los hombres. De lo contrario, el rico tesoro del Continente Americano... su patrimonio más valioso: la fe en Dios amor, corre el riesgo de seguir erosionándose y diluyéndose de manera creciente en diversos sectores de la población. Hoy se plantea elegir entre caminos que conducen a la vida o caminos que conducen a la muerte (cf. Dt 30, 15). Caminos de muerte son los que llevan a dilapidar los bienes recibidos de Dios a través de quienes nos precedieron en la fe. Son caminos que trazan una cultura sin Dios y sin sus mandamientos o incluso contra Dios, animada por los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero, la cual termina siendo una cultura contra el ser humano y contra el bien de los pueblos latinoamericanos. Caminos de vida verdadera y plena para todos, caminos de vida eterna, son aquellos abiertos por la fe que conducen a la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural. Esa es la vida que Dios nos

participa por su amor gratuito, porque es el amor que da la vida. Estos caminos de vida fructifican en los dones de verdad y de amor que nos han sido dados en Cristo en la comunión de los discípulos y misioneros del Señor, para que América Latina y El Caribe sean efectivamente un continente en el cual la fe, la esperanza y el amor renueven la vida de las personas y transformen las culturas de los pueblos.

«... Elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio –¡su servicio!– que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones (EN 1)» (A 14).

«Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos de América Latina y de El Caribe, y a cada una de sus personas» (A 18).

Preparémonos entonces para ser los nuevos apóstoles con la misión de enamorar a todos, yendo de casa en casa despertando los corazones que se han cerrado para impedir que Dios los visite; para que desde la Fe renueven la vida y comprueben que con Jesús a nuestro lado la felicidad es siempre posible, sin necesitar adicciones para descubrir a Dios. Daremos así continuidad a la Misión Continental permanente, plasmada en nuestro V Plan diocesano de pastoral.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este *Año de la fe* haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero» (PF 15).

EL AÑO DE LA FE EN NUESTRA DIÓCESIS



Hemos de integrar este Año de la Fe en nuestro proceso, como un apoyo, que nos pone en comunión con la Iglesia universal y nos hace avanzar en la marcha de nuestra Iglesia particular. Estamos intentando crear un nuevo modelo social de Iglesia, guiados por el Documento de Aparecida, en una Misión Continental permanente, que intenta, a partir de los últimos, haciendo de cada cristiano un discípulo misionero de Jesucristo con el fin de que nuestros pueblos tengan vida en Él.

«... La Iglesia, ayudando a los fieles cristianos a vivir su fe con alegría y coherencia, ha sido, a lo largo de su historia, creadora y animadora de cultura: La fe en Dios ha animado la vida y la cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos. Esta realidad se ha expresado en

el arte, la música, la literatura y, sobre todo, en las tradiciones religiosas y en la idiosincrasia de sus gentes, unidas por una misma historia y por un mismo credo, y formando una gran sintonía en la diversidad de culturas y de lenguas» (A 478).

«Con la inculturación de la fe, la Iglesia se enriquece con nuevas expresiones y valores, manifestando y celebrando cada vez mejor el misterio de Cristo, logrando unir más la fe con la vida y contribuyendo así a una catolicidad más plena, geográfica y cultural. Sin embargo, este patrimonio cultural se ve confrontado con la cultura actual, que presenta luces y sombras... Tenemos por un lado, la emergencia de la subjetividad, el respeto a la dignidad y a la libertad de cada uno, sin duda una importante conquista de la humanidad. Por otro

lado, este mismo pluralismo de orden cultural y religioso, propagado fuertemente por una cultura globalizada, acaba por erigir el individualismo como característica dominante de la actual sociedad, responsable del relativismo ético y la crisis de la familia» (A 479).

«... La fe cristiana nos muestra a Jesucristo como la verdad última del ser humano (GS 22), el modelo en el que el ser hombre se despliega en todo

su esplendor ontológico y existencial. Anunciarlo integralmente en nuestros días exige valor y espíritu profético. Contrarrestar la cultura de muerte con la cultura cristiana de la solidaridad es un imperativo que nos toca a todos y que fue un objetivo constante de la enseñanza social de la Iglesia. Sin embargo, el anuncio del Evangelio no puede prescindir

de la cultura actual. Esta debe ser conocida, evaluada y en cierto sentido asumida por la Iglesia, con un lenguaje comprendido por nuestros contemporáneos. Solamente así la fe cristiana podrá aparecer como realidad pertinente y significativa de salvación. Pero esta misma fe deberá engendrar modelos culturales alternativos para la sociedad actual. Los cristianos con los talentos que han recibido talentos apropiados deberán ser creativos en sus campos de actuación: el mundo de la cultura, de la política, de la opinión pública, del arte y de la ciencia» (A 480).

Acciones generales

Qué bueno que las efemérides del inicio del Concilio Vaticano II y de la promulgación del Catecismo de la Iglesia católica no que queda en



festejos, pancartas, discursos y elogios, sino en un autoanálisis de nuestras personas y comunidades, para ver, a la distancia del tiempo, cuánto hemos hecho realidad lo que tuvieron en mente los Padres conciliares, y la fe de la Iglesia que quedó consignada en el Catecismo, ilustrando con un lenguaje nuevo aplicándose a las situaciones de este cambio de época, la fuerza y le belleza de la fe.

Más que disertaciones, pide contemplación, revisión de vida, examen de conciencia, y volver a las fuentes, para quitar tanta espuma que originó la tempestad conciliar en el mar de la vida, y recuperar la brújula que nos oriente, pues habíamos perdido nuestra referencia esencial a la fe en el misterio. Entre tantas inconsistencias en nuestra pastoral, urge ir a lo esencial: la vida de fe y su anuncio. Porque la vida cristiana hunde sus raíces en la Vida de Dios en nosotros, y abre caminos de fe. Por eso el Año de la Fe y el Sínodo sobre la nueva evangelización.

No se trata tanto de hacer acciones extra, sino de animar con una mística y celebrar desde esa perspectiva todas las acciones pastorales. Se integra perfectamente en nuestro Año de la identidad cristiana. La fe ha de ser profesada, celebrada, vivida y rezada. Es un tiempo de especial reflexión sobre la fe, para redescubirla, reanimarla, purificarla, confirmarla, comprenderla, profundizarla, profesarla y anunciarla. En realidad, esa es una tarea de todos los días y todos los tiempos. Eso inspira nuestros pensamientos, afectos, mentalidad, comportamientos, iniciativas pastorales, y la conversión correspondiente.

Viendo en Año de la Fe en su totalidad, coincide con el año litúrgico, precedida por un breve tiempo de preparación, que en nuestra diócesis coincide con tiempos fuertes de evangelización especializada. Sus propuestas se integran perfectamente en las celebraciones litúrgicas del año, y en los tiempos fuertes tradicionales. Algunas propuestas de la Santa Sede deben asumirse por las comunidades y las comisiones, e integrarse en un programa unitario, dentro del proceso del V Plan diocesano de pastoral, que responda a los objetivos de nuestro Año de la Fe y de la identidad cristiana.

Así, en nuestra Diócesis, se dedicarán algunas jornadas al estudio del Concilio Vaticano II, y ya se le dedicó un número del Boletín de Pastoral. El

estudio del Catecismo se está haciendo en las sesiones de formación permanente del clero, y en una serie de artículos del Mensajero Diocesano, siguiendo el Youcat.

Se ha hecho un itinerario de contenidos para los tiempos fuertes de evangelización, basado en el Catecismo de la Iglesia católica, de acuerdo a las efemérides y coyunturas históricas previsibles. Y en el 2012-2013 es el tema central: redescubrir nuestra fe cristiana para una identidad católica actual.

Para que los grupos conozcan, mediten y discutan la Carta «Porta Fidei» y su respectiva «Nota para el Año de la Fe», se regaló a los sacerdotes, se publicó en un Boletín de Pastoral, y se ha estudiado en varios círculos. La «puerta de la fe» (Hch 14,27) se abre, y pone ante nosotros un camino; lo importante no es el inicio, sino el recorrido.

El Señor Obispo pide que ofrezcan los documentos del Concilio Vaticano II, el Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio, en las librerías de las parroquias, con guías de estudio para los grupitos de lectura o jornadas de estudio, difundiendo también a través de los medios electrónicos y cibernéticos.

Cuando salga la Encíclica del Papa Benedicto XVI sobre la Fe, buscaremos leerla y compartirla. Y procuraremos usar el Subsidio catequístico y pastoral prometido por la Pontificia Comisión para la nueva evangelización para este septiembre. Estaremos igualmente pendientes de la Notificación de Indulgencias por parte de la Penitenciaría Apostólica.

Acciones propias

La **Apertura del Año de la Fe** será el 12 octubre 2012, en una solemne Concelebración eucarística presidida por el Nuncio Apostólico en México, Sr. Christophe Pierre, con motivo de la Dedicación de la nueva iglesia en honor de Santo Toribio Romo en Santa Ana de Guadalupe.

En ella, nuestro Obispo diocesano Sr. Felipe Salazar Villagrana entregará un arbolito a cada comunidad, para que lo siembre en el jardín o algún macetón, y pueda ser el signo a cuidar a lo largo del Año de la Fe. Simboliza la fe de la comunidad, que debe sembrarse, cultivarse, protegerse, cuidarse, regarse, podarse, etc. Dará ocasión a muchas inicia-

tivas, reflexiones, y acciones, en las respectivas comunidades, aprovechando sus celebraciones ordinarias de fiestas, conmemoraciones y otros eventos.

En la **Peregrinación diocesana al Cubilete**, miércoles 20 noviembre, en la Montaña de Cristo Rey, corazón geográfico cristiano de México, se hará la promulgación del V Plan diocesano de pastoral.

Se aprovechen las oportunidades, sobre todo en la Pascua de 2013 y en los sacramentos de la Iniciación Cristiana, para hacer una auténtica y consciente Profesión solemne de nuestra Fe eclesial, con su debida preparación.

Los signos propuestos por la Nota para el Año de la Fe se integran perfectamente en el ciclo pascual del año litúrgico y la celebración de los sacramentos pascuales, sobre todo teniendo en cuenta que todos los años pueden usarse las lecturas del ciclo A, sobre todo cuando hay catecúmenos. Así, la sal cabe en el domingo de las tentaciones; la luz, en el domingo de la transfiguración (como en las fiestas de epifanía, navidad, candelaria y transfiguración); el agua viva en el domingo de la samaritana (y en el Bautismo); la Palabra viva en el domingo de Lázaro (y en la entrega de la Biblia a los que preparan un sacramento); el Pan de Vida en la Cena del Señor y la fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo.

A los grandes testigos de la fe (María, los apóstoles y discípulos, los mártires, los testigos insignes de la fe, los fundadores de nuestras Iglesias), los recordamos y veneramos, incitándonos a imitarlos como modelos de fe, hombres como nosotros, en la vida ordinaria, para una congruencia, en el santoral y la piedad popular.

Ya se verá la ubicación del I Congreso teológico diocesano propuesto, al hacer nuestro Calendario de actividades. La Peregrinación diocesana al Tepeyac será la ocasión de confiar a la «dichosa porque ha creído» (Lc 1,45) los frutos de este Año, que es a la vez el primero del V Plan de pastoral, con las normas para sacramentos y los planes del Sínodo.

La Clausura la ubicaremos nuevamente en nuestra peregrinación diocesana al Cubilete, o en el evento juvenil con el cual concluyen las Semanas de adolescentes y jóvenes en las comunidades.

Por parte de las Comisiones diocesanas de pastoral:



Pastoral Profética: redescubra los grandes temas conciliares y su expresión en el Catecismo. Divulgar la fe con publicaciones sencillas de estilo apologético para responder a inquietudes de la gente, sobre todo en relación a sectas protestantes, supersticiones, y manifestaciones del relativismo, como la New Age. Renovar temarios de presacramentales y catequesis circunstanciales, ajustándose al Catecismo de la Iglesia católica. Que la fe sea el criterio de pensamiento y de acción de los cristianos, no la costumbre ni la conveniencia.

Pastoral litúrgica: ofrezca subsidios para la Apertura parroquial del Año de la Fe y la siembra del Árbol de la Fe; para la Entrega de la Fe bautismal a quienes se preparan a algún sacramento, incluyendo la recitación de la fe de parte de ellos, con sus padrinos, papás o tutores; para la celebración de la Iniciación Cristiana como Puerta de la Fe; para la peregrinación a santuarios, reconociendo a María y a los santos como modelos de fe; para celebraciones penitenciales de tiempos fuertes, sobre todo Cuaresma y Primera Reconciliación.

liación, sobre los pecados contra la fe; y para la Clausura en la Misa de Cristo Rey. Que este tiempo de gracia tenga a la Eucaristía como el sacramento de la fe.

Pastoral social: promueva la dimensión social de la fe, conforme el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia y la reflexión de Porta Fidei. Sobre todo en la Campaña de la Caridad, las reuniones, y las Visitas Pastorales. Es el aspecto a cultivar más, pues representa el futuro de una Iglesia creíble (un kerigma universal no verbal).

Pastoral Familiar: compartan subsidios para que las familias sean transmisoras y formadoras de la fe, atendiendo a quienes tienen dificultad y subsidiando lo que no alcanzan las parroquias. Trabajen de la mano con Pastoral profética, Pastoral social y Pastoral de Salud integral. Difundan los contenidos de la Asamblea plenaria de la CEM sobre pastoral familiar, y del VII Encuentro Mundial de las Familias.

Pastoral de adolescentes y jóvenes: avancen su proyecto de revitalización de la pastoral juvenil, vivan desde aquí la Jornada Mundial de la Juventud (julio 2013 en Río de Janeiro), difundan con mucha motivación el Youcat con guías de estudio y reflexión.

Pastoral de la Cultura: abra o nos ponga en contacto con los sitios en Internet sobre la fe católica y el Año de la Fe; profundice la relación fe-razón y fe-ciencia; busque integrar el arte y la cultura en la transmisión e interpretación de la fe, y que la escuela católica sea un espacio para el vital conocimiento de la fe, en relación a la vida profesional y a la existencia cotidiana del pueblo.

Los **Agentes de pastoral** (Seminaristas, Sacerdotes, Consagrados, Movimientos): profundicen temas del Concilio y del Catecismo, sobre todo: «el anuncio de Cristo resucitado», «la Iglesia sacramento de salvación», «la misión evangelizadora en el mundo de hoy», «fe e incredulidad», «fe, ecumenismo y diálogo interreligioso», «fe y vida eterna», «hermenéutica de la reforma en la continuidad» y «el Catecismo en la atención pastoral ordinaria» (Nota III,6); «el encuentro con Cristo», «los contenidos fundamentales del Credo» y «la fe y la Iglesia» (IV,3). E insertarse e integrarse en el

proyecto de Nueva Evangelización, no encerrándose en sí mismos, sino dinamizando con sus carismas los niveles de Iglesia, en un servicio hacia los más alejados.

Las propuestas del Año de la Fe contribuyen a la aplicación del V Plan Pastoral de la Diócesis centrado en la Nueva Evangelización y la Misión permanente. Se podría organizar el **I Congreso teológico pastoral sobre la Fe**. Algunos puntos de reflexión inspirarán la acción evangelizadora de las comunidades y el plan pastoral:

- 1.- Vivir la fe en relación a la Sagrada Escritura: formación bíblica.
- 2.- Vivir la fe en relación a sus contenidos: fuentes de nuestra fe.
- 3.- Vivir la fe en relación a la misión que el Señor le encomendó a su Iglesia: la vocación misionera compartida por todos los creyentes: Misión Continental.
- 4.- Vivir la fe en relación a la caridad: nuestro servicio debe estar dirigido a los pobres.
- 5.- Vivir la fe en relación a la liturgia: celebrar la fe: comunidad unida en la Eucaristía.
- 6.- Vivir la fe comunitaria en relación a la cultura: la inculturación de la fe.
- 7.- Vivir la fe en relación a la realidad: transformar la historia de dolor en historia de salvación.
- 8.- La Virgen María, discípula y misionera, es guía de la fe.

Conclusión

«La fe «es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo» (PF 15).

El desafío es grande y nos incluye a todos. Pues aunque la Fe es un don infuso que se nos da en el Bautismo, está en nosotros vivirlo y darle sentido. La respuesta no es de otros, sino pertenece a cada uno de nosotros y a nadie más. Esa respuesta se da eclesialmente, pero ha de personalizarse de modo libre y consciente.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA FE

«... *La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida...*» (CEC 26). «*Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que se revela. La Sagrada Escritura llama 'obediencia de la fe' (Rm 1,5; 16,26) a esta respuesta del hombre a Dios que se revela*» (CEC 143).

El término Fe proviene del latín *fides*, que significa creer, confiarse, en algo o en alguien, con firmeza, convicción, seguridad y fidelidad. Traduce una variedad de vocablos hebreos, nacidos especialmente de dos raíces: *aman*, que evoca solidez y seguridad (de ahí viene Amén); y *batah*, la seguridad y la confianza. En el Nuevo Testamento predominan las palabras griegas *pistis*, *pisteu* y *aletheia*, que abarcan dos polos: la confianza que se dirige a una persona y reclama al ser humano íntegro (fidelidad); y un proceso de la inteligencia a la que unos signos sirven para acercarse a realidades que nos trascienden (Hb 11,1). Para la Biblia, la fe es la fuente de toda la vida religiosa.

Fe es aceptar la palabra de otro, entendiéndola y confiando que es honesto y por lo tanto que su palabra es veraz. El motivo básico de toda fe es el derecho de ser creído (autoridad) de aquel a quien se cree. Se acepta que tiene conocimiento sobre lo que dice y posee integridad para no engañar

Es **fe divina** cuando es Dios a quien se cree. Se trata de **fe humana** cuando se cree a un ser humano. Hay lugar para la fe divina y la humana, pero en diferente grado. A Dios le debemos fe absoluta porque Él tiene absoluto conocimiento y es absolutamente veraz. Más que creer en algo que no vemos, es creer en Alguien que nos ha hablado. La fe divina es una virtud teologal y procede de un don de Dios que nos capacita para reconocer que es Dios quien habla en las Sagradas Escrituras y en la Iglesia. Quien tiene fe sabe que, por encima de toda duda y preocupaciones de este mundo, las enseñanzas de la fe son las enseñanzas de Dios, y por lo tanto son ciertas y buenas.

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado y que la Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe «el hombre se entrega entera y libremente a Dios» (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. «El justo vivirá por la fe» (Rm 1,17). La fe viva «actúa por la caridad» (Ga 5,6).



La fe personal en Jesucristo es la aceptación de su propio testimonio hasta la adhesión y la entrega total a su divina Persona. No es la mera aceptación de que Él existe y vive entre nosotros como vivió en Palestina; ni una mera adhesión intelectual a las verdades del Evangelio según la autorizada interpretación del Magisterio de la Iglesia, sino algo mucho más existencial y totalizante.

El Concilio Vaticano I enseña que la fe es esencialmente un asentimiento sobrenatural del entendimiento a las verdades reveladas por Dios; pero no sólo con el entendimiento, sino también con el corazón. Es el compromiso de nuestra propia persona con la Persona de Cristo, en una relación de intimidad, que lleva consigo exigencias que ninguna ideología es capaz. Para una fe auténtica y madura hay que pasar del frío concepto al calor de la amistad y del decidido compromiso, que dé fuerza y eficacia a una vida cristiana plenamente renovada, de discípulos misioneros de Jesucristo.

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; S. Pablo advierte de ello a Timoteo: ‘Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe’ (1 Tm 1,18-19). Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (cf. Mc 9,24; Lc 17,5; 22,32); debe ‘actuar por la caridad’ (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rom 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia» (CEC 162).

Quien exige una demostración científica, no tiene fe. Lo que sí es razonable es buscar las garantías que nos lleven a aceptar que realmente esa verdad ha sido revelada por Dios: los motivos de credibilidad. Entre éstos está la definición infalible de la Iglesia que me confirma que una verdad determinada está realmente revelada por Dios. Cuando la Iglesia, por definición dogmática o por su Magisterio ordinario y universal, propone a los fieles alguna verdad para ser creída como revelada por Dios, no puede fallar, en virtud de la asistencia especial del Espíritu Santo, que no puede permitir que la Iglesia entera yerre en alguna doctrina relativa a la fe o las costumbres.

La fe sobrenatural da la suprema de las certezas, pues me fío de la Palabra de Cristo, lo acepto como norma suprema, y todo lo valoro como lo valora Él. Los hechos expresan el nivel de fe de una persona. Sólo hay aceptación del programa de Jesús mediante el lenguaje de los hechos. Seguir a Jesús quiere decir escuchar sus palabras, asimilar sus actitudes, comportarse como Él, identificarse plenamente con Él. Los que lo siguen de verdad quieren parecerse a Él, se esfuerzan en pensar como Él, haciendo lo que le gusta a Él. Desean obrar bien, ayudar a los demás, perdonar, ser generosos y amar a todos. Tener fe lleva consigo un estilo de vida, un modo de ser.

LA FE EN LA BIBLIA:

En la literatura sapiencial la fe aparece necesaria e indispensable; la verdadera sabiduría incluye la fe. La inteligencia del hombre está encausada en una búsqueda de Dios.

En los Evangelios, la fe se desenvuelve con la revelación del Reino de Dios, cuyo fundamento es

Jesús mismo. Él revela la doctrina de su Reino como quien tiene autoridad (Mt 7,7; Mc 1, 22; Lc 4,32), y sus milagros la confirman. Sin embargo, Cristo deja claro que hace falta la gracia del Padre para tener esta fe en Él (Mt 11,25.27). «La obra de Dios es ésta: que crean en el que él ha enviado» (Jn 6, 29).



Esa gracia y correspondencia de la fe en Jesús como Mesías, se refleja perfectamente en la confesión de Pedro (Mt 16,16-18). Jesús considera la fe del centurión como maravillosa (Mt 8,10; Lc 7,1-10), porque le bastó oír su palabra de autoridad para creer firmemente en su resultado: «Pero di sólo una Palabra y mi siervo será sano» (Lc 7,7).

María es modelo de fe: ella cree enseguida y deja obrar a Dios, según su Palabra. Isabel le dice «Dichosa tú que has creído en la Palabra de tu Señor» (Lc 1,45).

Si la Encarnación fue el comienzo, el hecho central y raíz de la fe es la Resurrección de Cristo, que inspira toda la presentación de Jesús en el resto del Nuevo Testamento (Hechos, Epístolas, Apocalipsis).

Hechos proclama la realidad de Cristo resucitado, tanto con obras como con palabras. Pedro manifiesta el valor testimonial de la fe: «Nosotros somos testigos de estas cosas, con el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que son dóciles» (Hch 5,32). En repetidas ocasiones los Apóstoles aparecen como mártires, testigos apoyados en la verdad de Cristo y su Espíritu (Hch 10,39-42; 13,31; 22,15; 23,11).

La fe que proponen a judíos y gentiles se confirma con signos y milagros (Hch 2,22; 5,12; 14,3), entre los cuales se nota en primer plano la curación de un cojo por Pedro «en nombre de Jesucristo Nazareno» (Hch 3,6).

La fe en Jesús lleva a una transformación de la vida y una comunión entre creyentes, que viven juntos y comparten todo (Hch 2,44): su fidelidad se manifiesta perseverando en la enseñanza de los Apóstoles, la unión, la *Fractio Panis*, y las oraciones (Hch 2,42).

En Hebreos 11 se da una definición de la fe, y una exégesis de cómo la vivían los protagonistas del Antiguo Testamento. «La fe (*pistis*) es la garantía (*hypostasis*) de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven» (11,1). La fe es lo que subyace bajo toda nuestra esperanza; lo que no se posee, pero que se espera. Siendo el principio de nuestra esperanza, nos capacita para saber que el mundo ha sido creado por la Palabra de Dios (11,3), y que Dios remunera a quienes le buscan (11,6). Repite un tema implícito en todo el Antiguo Testamento: sin la fe es imposible agradar a Dios (11,6).

FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA

Desde el inicio de su ministerio, Jesús pide creer en la Buena Nueva (Mc 1,15) y pone la fe como condición indispensable para entrar en el Reino: «El que crea y se bautice se salvará, el que no crea se condenará» (Mc 16,15; Jn 13,18). La fe obtiene tanto la curación corporal (Mt 9,22; Mc 10,52; Jn 11,25-27), como los milagros (cf Mt 13,28). Por eso los Apóstoles ponen esta condición: «cree en el Señor y serás salvo» (Hch 16,31); «sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb 11,6); «la fe es fundamento de la salvación» (Heb 11,1).

Pablo enseña cómo la justificación nace de la fe, se realiza por medio de la fe, reposa en la fe (Rm 1,17; 3,22; 5,1; Ga 2,10; 3,11; Flp 3,9). La fe es necesaria para la salvación. El Concilio de Trento afirma que la fe es «inicio de la salvación humana, fundamento y raíz de toda justificación, sin la cual es imposible agradar a Dios y llegar al consorcio de hijos de Dios» (DS 1532). Y el Concilio Vaticano I añade: «nadie obtuvo jamás la justificación sin ella y nadie alcanzará la salvación eterna si no perseverase en ella hasta el fin» (DS 3012).

La teología distingue un **hábito de fe** (*fe habitual*) concedido por la gracia santificante (incluso a los niños, por medio del Bautismo), y un **acto de fe** (*fe actual*), necesario para quienes son capaces de obrar moralmente porque tienen uso de razón. Y con esta tesis expresa su radicalidad: la fe es necesaria con necesidad de medio para la justificación y para la salvación eterna, de tal modo que sin ella nadie puede salvarse; en el caso de todos los hombres en general (incluidos niños), se trata de la fe habitual, y en el caso de los que tienen uso de razón, de la fe actual. Los niños, para salvarse, necesitan de la fe habitual conferida por la gracia santificante (de ahí la obligación de celebrar el Bautismo cuanto antes), y los adultos necesitan el acto de fe para entrar en el Reino de los cielos.

Una dificultad se plantea con los que ignoran invenciblemente, sin culpa, el Evangelio, porque no se les ha predicado o por otras razones. ¿Necesitan también la fe para salvarse? Ciertamente; pero no hay que identificar la necesidad de la fe con la necesidad de aceptar explícitamente todo el Evangelio. El Magisterio lo ha afrontado y resuelto (Dz 1645-1647; DS 2865-2867; 2915-2917. El Concilio Vaticano II recoge la doctrina (LG 14-16; AG 7).

La Moral se pregunta cuáles son las verdades que se deben creer como absolutamente indispensables para la salvación. Explícitamente, hay que creer al menos que Dios existe y es remunerador (cf Heb 11,6). Para los que quieren ser admitidos en el cristianismo, se añade la fe en la Trinidad y en la Encarnación de Cristo (cf Simbolo Quicumque: DS 75-76; 2164; 2380-81).

Aparte de estas verdades necesarias mínimas, el cristiano tiene el grave deber de conocer todas las verdades reveladas por Cristo y propuestas por la Iglesia. Ésta, desde el principio, procuró expresar en conceptos el contenido de la fe, y así surgieron los Símbolos.

Se considera deber grave conocer el Credo, el Decálogo, los Sacramentos y la Oración del Señor. Pero, implícitamente, debe creer toda la Revelación, es decir, lo que Dios ha manifestado y la Iglesia propone para creer: «Deben creerse con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la Palabra de Dios escrita o transmitida por la tradición viva y son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas, ora por

solemne juicio, ora por su ordinario y universal Magisterio» (DS 3011).

La fe, además de la actitud personal de entrega a Dios, tiene un contenido objetivo: reúne un conjunto de verdades que el hombre debe aceptar. Es un cuerpo de doctrina (verdades sobrenaturales e incluso naturales) que se deben conocer y vivir. El grado de conocimiento viene determinado por la capacidad de cada cristiano, aunque la Iglesia considera necesarias un mínimo de verdades a conocerse para salvarse. Los laicos necesitan «una sólida preparación doctrinal, teológica, moral, filosófica, según la diversidad de edad, condición y talento» (AA 29).



CARACTERÍSTICAS DE LA FE

- «*La fe es un don de Dios*, una virtud sobrenatural infundida por Él (cf Mt 16, 17). Para dar la respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios» (CEC 153). No basta la razón para abrazar la verdad revelada; es necesario el don de la fe.
 - *La fe es un acto humano*. Aunque sea un acto que se realiza gracias a un don sobrenatural, «creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas» (CEC 154). En la fe, la inteligencia y la voluntad cooperan con la gracia divina: «Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia» (STh II-II, q. 2, a. 9).
 - *Fe y libertad*. «El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza» (CEC 160; cf DH 10; CIC, 748, §2).
- «Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie jamás. Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían» (ibidem).
- *Fe y razón*. «A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón, Dios no podría negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero» (Vaticano I: DS 3017). «Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios» (CEC 159). Carece de sentido intentar demostrar las verdades sobrenaturales de la fe; en cambio, se puede probar siempre que es falso todo lo que pretende ser contrario a esas verdades.
 - *Eclesialidad de la fe*. «Creer» es un acto propio del fiel en cuanto fiel, es decir, en cuanto miembro de la Iglesia. El que cree, asiente a la verdad enseñada por la Iglesia, que custodia el depósito de la Revelación. «La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la madre de todos los creyentes» (CEC 181). «Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre» (S. Cipriano, *De catholicae unitate Ecclesiae*: PL 4,503).
 - *La fe es necesaria para la salvación* (cfr. Mc 16, 16; CEC 161). «Sin la fe es imposible agradecer a Dios» (Heb 11, 6). «Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna» (LG 16).

LOS VARIOS SENTIDOS DE LA FE

Como vimos, Fe es un término que designa varias realidades: fe teologal que justifica; fe psicológica o respuesta humana de fe; fe eclesial que se transmite y ha sido definida y transmitida; fe carismática o poder de la fe. Aunque la **Fe teologal** es un don infuso que se nos da en el Bautismo, está en nosotros vivirlo y darle sentido. La **respuesta de fe** no es de otros, sino pertenece a cada uno de nosotros y a nadie más. Hay una **fe eclesial**, que debe personalizarse (fe personal). Y además existe el **carisma de la fe**: *«En verdad les digo que si tuvieran fe como un grano de mostaza, dirían a este monte: Trasplántate de aquí allá, y se trasplantará; y nada les será imposible» (Mt 17, 20).*

FE TEOLOGAL:

«JUSTIFICADOS POR LA FE»

La fe es una gracia, un regalo gratuito de Dios por el que nos justifica, que nos es dado en el Bautismo. La fe que recibimos en el Bautismo nos habilita para confiar en Dios a fin de poder vivir conforme a su voluntad. Esa fe nos permite tener el deseo de ver al Señor, de poder crecer en el conocimiento de su amor. El regalo de la fe nos capacita para confiar plenamente en Dios. Creerle a Dios, confiarse plenamente a Él, entrar en ese diálogo existencial con Él, es una gracia para poder crecer en nuestra identidad cristiana.

Dice el Catecismo de la Iglesia católica: «Cuando San Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le declara que esta revelación no le ha venido 'de la carne y de la sangre, sino de mi Padre que está en los cielos' (Mt 16,17; cf. Ga 1,15; Mt 11,25). La fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por él, 'Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y

nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede 'a todos gusto en aceptar y creer la verdad'' (DV 5)» (CEC 153).

No nos justificamos a nosotros mismos por nuestros méritos, ni tenemos derecho a que Dios nos conceda la gracia de la fe. Es una virtud que Dios infunde en nosotros por pura gracia suya, como un regalo inmerecido, sólo por su bondad. Es la tesis principal defendida por san Pablo en la Carta a los Romanos y en la Carta a los Gálatas. La salvación depende de la fe, siendo ésta en la historia de la salvación un movimiento que depende de Dios (en su oferta de salvación universal), pudiendo ser acogida o no por el hombre. Por tanto, lo fundamental para un cristiano es la exigencia de la fe.

La injusticia o situación de pecado es universal afectando tanto a judíos como a paganos, quedando todos igualados y englobados en un mismo ámbito. Pero a ésta fatal situación se opone la Plenitud de la Revelación en Cristo Jesús, y su acontecimiento. En su Pascua, tiene lugar la Justificación universal del «injusto» o «pecador»: todo hombre cualquiera que sea su circunstancia (3, 21-5,21) Es la Revelación de la «Justicia de salvación» para todo el que cree (1, 17) sin distinción (3, 21-31).

En el Evangelio se revela la Justicia de Dios, de fe en fe. La poderosa actuación salvadora de Dios es la Justificación al alcance de todo el que cree; la cual procede de Cristo Jesús, que murió por los impíos, es decir, todos. Así, frente a la justificación por las obras (= justo según el limitado criterio humano) se erige la fe pascual que, a modo de oferta, alcanza a todo hombre en la condición que sea (Rm 4, 5).

La fuerza salvadora de Dios actúa en el hombre por medio de la fe en Jesucristo: justificación por medio de la fe, y no tanto por las obras mandadas por la Ley mosaica. Esta verdad paulina fue tomada



por Lutero, para quien nuestras obras no valen nada en orden a la salvación. Esta verdad («la salvación viene por la fe en Cristo»), se completa con otra verdad («la fe sin obras es una fe muerta»), que Dios inspiró a Santiago en su carta.

Todos somos pecadores, pero si acogemos con fe a Jesús y su gracia, quedaremos justificados, es decir, salvados, redimidos, lavados. Y esa fe en Jesucristo la conseguimos mediante el Bautismo, mediante el cual morimos al hombre viejo pecador y resucitamos al hombre nuevo justificado en Cristo, hijo de Dios. Esta justificación no es sólo remisión de los pecados, sino también la santificación y renovación del hombre interior. Así lo dijo el concilio de Trento: «La justificación no es sólo la remisión de los pecados, sino también la santificación y renovación del hombre interior por la voluntaria recepción de la justicia y los dones, de donde el hombre se convierte de injusto en justo, y de enemigo en amigo, para ser heredero, conforme a la esperanza de la vida eterna» (Dz 799).

El fruto más precioso de la salvación es la vida sobrenatural. Dice el Catecismo de la Iglesia católica: «Creer en Cristo Jesús y en aquél que lo envió para salvarnos es necesario para obtener esa salvación (cf. Mc 16,16; Jn 3,36; 6,40 e.a.). ‘Puesto que `sin la fe... es imposible agradar a Dios’ (Hb 11,6) y llegar a participar en la condición de sus hijos, nadie es justificado sin ella y nadie, a no ser que `haya perseverado en ella hasta el fin’ (Mt 10,22; 24,13), obtendrá la vida eterna’ (Vaticano I: DS 3012; cf. Trento: DS 1532)» (CEC 161).

El proceso salvador de Cristo desemboca en una vida nueva, con cuatro dimensiones fundamentales:

Trinitaria: mediante el Bautismo participamos de la vida íntima de las Tres Personas divinas; es decir, participamos del cielo. Dice el Documento de Aparecida: «Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-Amor. La experiencia de un Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable, nos permite superar el egoísmo para encontrarnos plenamente en el servicio al otro. La experiencia bautismal es el punto de inicio de toda espiritualidad cristiana que se funda en la Trinidad» (A 240).

Sacramental: mediante el Bautismo podemos recibir los demás sacramentos que nos santifican. Esta santidad exige del cristiano un esfuerzo por

identificarse con Jesucristo y reconducir hacia Dios todo. Dice Aparecida: «El llamado de Jesús en el Espíritu y el anuncio de la Iglesia apelan siempre a nuestra acogida confiada por la fe. ‘El que cree en mí tiene la vida eterna’. El Bautismo no sólo purifica de los pecados. Hace renacer al bautizado, confiriéndole la vida nueva en Cristo, que lo incorpora a la comunidad de los discípulos y misioneros de Cristo, a la Iglesia, y lo hace hijo de Dios, le permite reconocer a Cristo como Primogénito y Cabeza de toda la humanidad. Ser hermanos implica vivir fraternalmente y siempre atentos a las necesidades de los más débiles» (A 349).

Moral: el cristiano santificado ha de brillar por las virtudes de la humildad, sencillez, caridad con todos, sinceridad, obediencia, pureza, etc. Dice el Catecismo de la Iglesia católica: «Nuestra vida moral tiene su fuente en la fe en Dios que nos revela su amor. San Pablo habla de la ‘obediencia en la fe’ (Rm 1,5; 16,26) como de la primera obligación. Hace ver en ‘el desconocimiento de Dios’ el principio y la explicación de todas las desviaciones morales (cf Rm 1,18-32). Nuestro deber para con Dios es creer en Él y dar testimonio de Él» (CEC 2087).

Escatológica. Esta justificación está orientada a hacer que toda la creación, que gime con dolores de parto, logre ser liberada de la corrupción y llegue así a Dios. Dice el Catecismo de la Iglesia católica: «La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios ‘cara a cara’ (1 Cor 13,12), ‘tal cual es’ (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna: Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1)» (CEC 163).

«Ahora, sin embargo, ‘caminamos en la fe y no en la visión’ (2 Co 5,7), y conocemos a Dios ‘como en un espejo, de una manera confusa,...imperfecta’ (1 Co 13,12). Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación» (CEC 164).

FE PSICOLÓGICA: NUESTRA RESPUESTA DE FE

Al regalo de fe que Dios nos hace en el Bautismo debe corresponder una respuesta del hombre, como un diálogo existencial. El acto de fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela (CEC 142). «Por la fe el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser da su asentimiento a Dios que revela» (CEC 143). La Sagrada Escritura llama a este asentimiento «obediencia de la fe» (Rm 1,5; 16,26).

Dice el Catecismo de la Iglesia católica: «Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por él reveladas. Ya en las relaciones humanas no es contrario a nuestra propia dignidad creer lo que otras personas nos dicen sobre ellas mismas y sobre sus intenciones, y prestar confianza a sus promesas (como, por ejemplo, cuando un hombre y una mujer se casan), para entrar así en comunión mutua. Por ello, es todavía menos contrario a nuestra dignidad ‘presentar por la fe la sumisión plena de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad al Dios que revela’ (Vaticano I: DS 3008) y entrar así en comunión íntima con Él» (CEC 154).

Desde siempre el Señor se ha ido revelando para que lo conozcamos más y mejor, y de ese encuentro surge la confianza para seguir dejándonos ayudar por su amor para crecer en la fe. Crecer en la fe es crecer en el amor para vivir con mayor esperanza. Cuando el Señor se revela no es para imponer una serie de verdades. Se revela para que lo conozcamos y confiemos en Él. Para que libremente aceptemos el plan que nos tiene preparado y es el que nos conduce a la plenitud de las bienaventuranzas.

En este crecimiento del amor de Dios por medio de la fe se da en el creyente la oportunidad de encontrar y vivir la felicidad a la que somos llamados por ser hijos de Dios. La fe depositada en Dios

nos permite entrar en comunión con nuestro Señor y de esta manera aprender a escucharlo para poder cumplir su voluntad con mayor seguridad y presteza. Confiar en Dios implica a toda la persona del creyente, es una adhesión completa y total; entregamos la vida entera porque de Dios la hemos recibido y en esa adhesión recibimos la revelación para comunicarnos de una mejor manera con nuestro Creador.

La virtud de la fe es un hábito sobrenatural que capacita al hombre, ilustrando su inteligencia y moviendo su voluntad, a asentir firmemente a todo lo que Dios ha revelado, no por su evidencia intrínseca sino por la autoridad de Dios que revela. «La fe es ante todo adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado» (CEC 150).

La fe es la respuesta libre de la persona humana al Dios personal; por tanto, el encuentro de dos personas. El hombre queda en ella totalmente comprometido. La fe es cierta, no porque implica la evidencia de una cosa vista, sino porque es la adhesión a una persona que ve. La transmisión de la fe se verifica por el testimonio. Un cristiano da testimonio en la medida en que se entrega totalmente a Dios y a su obra: la verdad cristiana se reconoce a través de la persona cristiana. El que no tiene fe no entiende al que la tiene, ni estima los valores eternos. Es como hablarle a un ciego de colores.

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «‘El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza’ (DH 10; cf. CIC 748,2). ‘Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados... Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús’ (DH 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, él no forzó jamás a nadie jamás. ‘Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino...crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él’ (DH 11)» (CEC 160).



Lo reitera Aparecida: «La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (cf. Jn 10, 3). Es un «sí» que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cf. Jn 14,6). Es una respuesta de amor a quien lo amó primero «hasta el extremo» (cf. Jn 13, 1). En este amor de Jesús madura la respuesta del discípulo: «Te seguiré adondequiera que vayas» (Lc 9, 57)» (A 136).

«Ser discípulo es un don destinado a crecer. La iniciación cristiana da la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. Así forja la identidad cristiana con las convicciones fundamentales y acompaña la búsqueda del sentido de la vida. Es necesario asumir la dinámica catequética de la iniciación cristiana. Una comunidad que asume la iniciación cristiana renueva su vida comunitaria y despierta su carácter misionero. Esto requiere nuevas actitudes pastorales de parte de obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y agentes de pastoral» (A 291).

Y sigue Aparecida en el n. 278: «En el proceso de formación de discípulos misioneros destacamos cinco aspectos fundamentales que aparecen de diversa manera en cada etapa del camino, pero que se compenetran íntimamente y se alimentan entre sí:

«a) *El Encuentro con Jesucristo*. Quienes serán sus discípulos ya lo buscan (cf Jn 1, 38), pero es el Señor quien los llama: ‘Sígueme’ (Mc 1,14; Mt 9,9). Se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda, y se ha de propiciar el encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana. Este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del *kerygma* y la acción misionera de la comunidad. El *kerygma* no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo. Sin el *kerygma*, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad, sin corazones verdaderamente convertidos al Señor...

«b) *La Conversión*: Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su

amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la Cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida. En el Bautismo y en el sacramento de la Reconciliación se actualiza para nosotros la redención de Cristo.

«c) *El Discipulado*: La persona madura constantemente en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús maestro, profundiza en el misterio de su persona, de su ejemplo y de su doctrina... La catequesis permanente y la vida sacramental fortalecen la conversión inicial y permiten que los discípulos misioneros puedan perseverar en la vida cristiana y en la misión en medio del mundo que los desafía.

«d) *La Comunión*: No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos. Como los primeros cristianos, que se reunían en comunidad, el discípulo participa en la vida de la Iglesia y en el encuentro con los hermanos, viviendo el amor de Cristo en la vida fraterna solidaria. También es acompañado y estimulado por la comunidad y sus pastores para madurar en la vida del Espíritu.

«e) *La Misión*: El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona».

FE ECLESIAL:

«ESTA ES LA FE DE LA IGLESIA
QUE NOS GLORIAMOS DE PROFESAR»

La fe tiene una dimensión eclesial. Así lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como

nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros» (CEC 166).

Dice Aparecida: «La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión. Esto significa que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa» (A 156).

La fe se ha de confesar: «Los que por la fe y el Bautismo pertenecen a Cristo, deben confesar su fe bautismal delante de los hombres... El Símbolo de la fe resume los dones que Dios hace al hombre como autor de todo bien, como redentor, como santificador, y los articula en torno a los tres capítulos de nuestro Bautismo: la fe en un solo Dios: el Padre todopoderoso y creador; Jesucristo su Hijo, nuestro Señor y salvador; y el Espíritu Santo en la santa Iglesia» (CEC 14).

«Al recibir la fe y el Bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios 'Abba'. Todos los bautizados y bautizadas, a través del sacerdocio común del Pueblo de Dios, estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues 'la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria' (DP 218)» (A 157).



El Credo o Símbolo de la Fe es la síntesis de la fe que la Iglesia ha profesado en la vida de sus santos y en sus declaraciones magisteriales, y tiene que ser como el ideario que nos guíe en la búsqueda de respuestas a los interrogantes de la vida. Es el patrimonio de fe heredado de generación en generación por parte de la comunidad cristiana.

Nos recuerda que mediante el Bautismo quedamos injertados en la vida de la Iglesia, que nuestros padres nos transmitieron la fe, una fe que ellos a su vez recibieron de sus padres y que, en primer término, fue dada por nuestro Salvador Jesucristo a sus apóstoles. Cristo sigue saliendo a nuestro encuentro; y porque son creyentes, expresamos públicamente que todos compartimos la misma fe que da sentido a nuestras vidas, deseando que la compartan un día también los no creyentes.

«No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite 'tocar'. 'El acto (de fe) del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad (enunciada)' (S Tomás de A., sth 2-2,1,2,ad 2). Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más» (CEC 170). «'Creo' (Símbolo de los Apóstoles): Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su Bautismo. 'Creemos' (Símbolo de Nicea-Constantinopla, en el original griego): Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. 'Creo', es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: 'creo', 'creemos'» (CEC 167).

A través de la profesión dominical de fe, y su explicación en la catequesis, la Iglesia se constituye en madre y educadora de nuestra fe: «La salvación viene solo de Dios; pero puesto que recibimos la vida de la fe a través de la Iglesia, ésta es nuestra madre: 'Creemos en la Iglesia como la madre de

nuestro nuevo nacimiento, y no en la Iglesia como si ella fuese el autor de nuestra salvación' (Fausto de Riez, Spir. 1,2). Porque es nuestra madre, es también la educadora de nuestra fe» (CEC 169).

«Esta fe que hemos recibido de la Iglesia, la guardamos con cuidado, porque sin cesar, bajo la acción del Espíritu de Dios, como un contenido de gran valor encerrado en un vaso excelente, rejuvenece y hace rejuvenecer el vaso mismo que la contiene' (sth,3,24,1)» (CEC 175).

Dice Benedicto XVI en su Carta de convocación del Año de la fe «Porta Fidei»: «No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el *Credo*. Les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el Bautismo. San Agustín lo recuerda con palabras de profundo significado, en un *sermón* sobre la entrega y recitación del *Credo*: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibieron juntos y que hoy recitan uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base inmovible que es Cristo el Señor.... Recibieron y recitaron algo que deben retener siempre en su mente y corazón y repetir en su lecho; algo sobre lo que deben pensar cuando están en la calle y que no deben olvidar ni cuando coman, de forma que, incluso cuando duermen corporalmente, vigilen con el corazón» (*Sermo* 215, 1)» (PF 9).

FE CARISMÁTICA:

EL PODER DE LA FE

«Para realizar su misión, el Espíritu Santo 'construye y dirige (a la Iglesia) con diversos dones jerárquicos y carismáticos' (LG 4). 'La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios. Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra' (LG 5)» (CEC 768). A algunos, concede el Señor una fe capaz de mover montañas, para lograr hacer obras de poder a través de ellos. La fe carismática se orienta a producir, aumentar o reafir-



mar la fe teologal. La palabra clave para entender y vivir esta fe carismática es: confianza.

Dice san Cirilo de Jerusalén: «Otra clase de fe es aquella que el Señor concede a algunos como don gratuito... Esta gracia de la fe que Dios concede no consiste en una fe dogmática, sino en aquella fe capaz de realizar obras que superan toda posibilidad humana; quien tiene esta fe puede decir a un monte: 'Vete de aquí a otro sitio' y se irá. Cuando uno, guiado por esta fe, dice esto y cree sin dudar en su corazón que lo que dice se realizará, entonces ese tal ha recibido el don de esta fe. Es de esta fe de la que se afirma: 'Si tuvieran fe, como un grano de mostaza'. Porque así como el grano de mostaza, aunque pequeño en tamaño, está dotado de una fuerza parecida a la del fuego, y plantado aunque sea en un lugar exiguo, produce grandes ramas hasta tal punto que pueden cobijarse en él las aves del cielo, así también la fe, cuando arraiga en el alma, en pocos momentos realiza grandes maravillas» (Catequesis 1).

Podemos describir el carisma de la fe como el acto de confiar ciegamente en el Señor en circunstancias especiales y difíciles. Esto viene a ser como un requisito o disposición personal para que el Señor obre maravillas y aún milagros. Esto lo constatamos en el Evangelio, sobre todo cuando en él se narran los actos de poder de Jesús, las curaciones, los milagros: Mt 17,20; Lc 9,41; 9,12-17; Mc 4,31; 5,39-42; Jn 4,46-53; Hch 3,3-10; 20,7-12.

Es la fe que mueve montañas. Se basa en la promesa de Jesús: «Si tuvieran fe, harían las obras que yo hago, y las harían todavía mayores» (Jn 14,12). Es la fe de Abraham, nuestro padre en la fe, y que manifiestan los héroes de la fe (Heb 11). Y es el don que nos hace pedir confiando plenamente, y también el don que infunde fe al cuerpo de la Iglesia.

Hallamos en la Biblia muchos testimonios de esta fe: La fe de María en la Anunciación, alabada por Isabel. La que mantiene firme a la cananea a pesar del aparente rechazo que recibe. La fe de Pedro cuando camina sobre las aguas hacia Jesús en la tempestad.

La fe de Marta y María cuando enferma y muere su hermano Lázaro. La fe de Pedro que dice: «En tu nombre echaré las redes». Es la fe que faltaba a los apóstoles cuando Jesús les dice: «Hombres de poca fe». Es la fe de que habla Jesús al enviar a los apóstoles: «Estas señales acompañarán a los que crean: hablarán lenguas nuevas, arrojarán demonios en mi nombre, impondrán las manos en los enfermos y estas quedarán sanos, tomarán serpientes en sus manos y no les harán daño, aunque beban un veneno mortal no les hará daño» (Mc 16,17).

Es la fe que hace de Pablo un apóstol (2 Cor 3,4-6), capaz de ayudar a otros a recibir el Espíritu al escuchar con fe (Gal 3,2.5). La fe con la que ora la comunidad de Jerusalén al recibir un nuevo derramamiento del Espíritu para dar testimonio de Cristo en medio de la persecución (Hch 4,31). La que llevó a Pedro a resucitar a la joven Tabita, y a Pablo al joven Eutico. La que llevó a los mártires al testimonio supremo de Cristo con su propia sangre. La que ha llevado a los santos a obrar milagros. La que anima la oración con poder, y el poder que suscita la fe en otros. La de los misioneros que han logrado grandes conversiones. Es la oración de la fe que logra la salud en el sacramento de la Unción de los enfermos (Ef 5,14-16).

«Atribuyendo a Jesús el título divino de Señor, las primeras confesiones de fe de la Iglesia afirman desde el principio (cf Hch 2,34-36) que el poder, el honor y la gloria debidos a Dios Padre convienen también a Jesús (cf Rm 9,5; Tt 2,13; Ap 5,13) porque Él es de ‘condición divina’ (Flp 2,6) y el Padre manifestó esta soberanía de Jesús resucitándolo de entre los muertos y exaltándolo a su gloria (cf Rm 10,9; 1Co 12,3; Flp 2,11)» (CEC 449). «La omnipotencia divina no es en modo alguno arbitraria: ‘En Dios el poder y la esencia, la voluntad y la inteligencia, la sabiduría y la justicia son una sola cosa, de suerte que nada puede haber en el poder divino que no pueda estar en la justa voluntad de Dios o en su sabia inteligencia’ (S. Tomás de A., s.th. 1,25,5, ad 1)» (CEC 271).

El carisma de la fe crece a la par de la vida cristiana y se manifiesta en las obras. Se expresa a través de la capacidad de escuchar, interiorizar, orar, vigilar. No es autosuficiente, ni desestabiliza a la comunidad; quien tiene fe tiene espíritu de sumisión: a Dios, a la comunidad, a la autoridad. La fe aún siendo don personal, tiene una dimensión

comunitaria. Es necesario evitar el aislamiento, aun pretextando incompreensión o libertad.

La fe está íntimamente vinculada al amor, a la compasión, sentido del sufrimiento. Quien tiene fe practica la oración de intercesión: Interceder significa «colocarse entre». Se conoce también por sus frutos: testimonio, caridad fraterna, conversión, intercesión, paz, confianza en Dios... etc. Se debe tener cuidado de no intentar, bajo el pretexto de fe, querer «exigir», «manipular» o «tentar a Dios» al orar... como si la fe fuese el ingrediente mágico para obtener un «milagro automático». Han de evitarse formulismos o ritos, en donde la fe no está puesta en Dios sino en la «formula», «rito» o «instrumento» utilizado (p.ej: «oraciones milagreras», aceites, imposición de manos, estampas, mantos, etc.). Esto, en ocasiones puede ser «idolatría» con apariencia de fe.

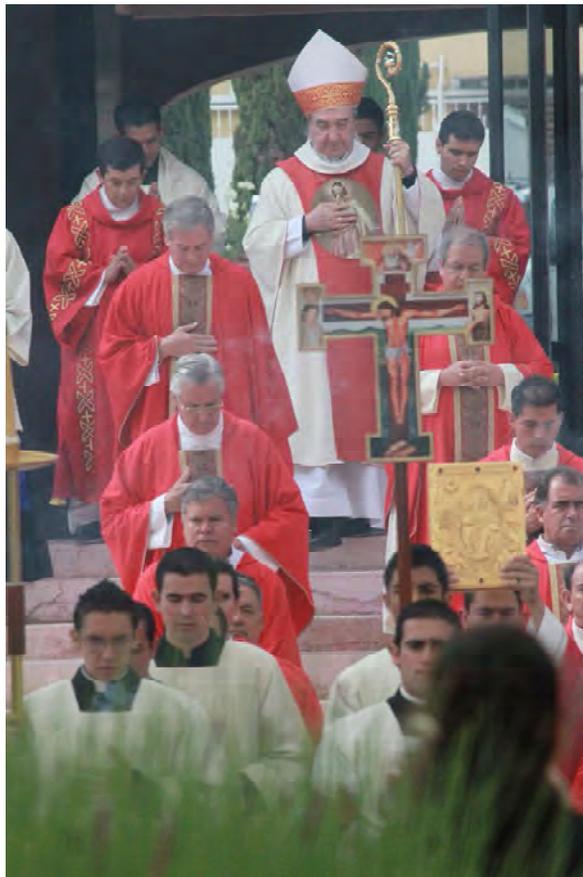
Dice el Documento de Aparecida: «El Señor nos dice: ‘No tengan miedo’ (Mt 28, 5). Como a las mujeres en la mañana de la Resurrección, nos repite: ‘¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?’ (Lc 24,5). Nos alientan los signos de la victoria de Cristo resucitado, mientras suplicamos la gracia de la conversión y mantenemos viva la esperanza que no defrauda. Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo. Esta prioridad fundamental es la que ha presidido todos nuestros trabajos, ofreciéndolos a Dios, a nuestra Iglesia, a nuestro pueblo, a cada uno de los latinoamericanos, mientras elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio –¡su servicio!– que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones (EN 1)» (A 14).

OBLIGACIÓN DE PROFESAR, CONSERVAR Y EXTENDER LA FE

*«El que me confiese
delante de los hombres,
yo también le confesaré
delante de mi Padre»*

(Mt 10,32; cf Lc 9,6; Rm 10,10). Los mártires (testigos) son demostración palpable de ese convencimiento.

Este deber tiene dos aspectos: uno negativo (no renegar de la propia fe); y otro positivo (confesarla públicamente), cuando «el silencio, la tergiversación o la manera de obrar lleven consigo la negación implícita de la fe, desprecio de la religión o escándalo del prójimo» (CEC 1325). La confesión pública es necesaria cuando se es interrogado por pública autoridad (cf DS 2118), o cuando se deben cumplir determinados deberes religiosos (ej. contraer Matrimonio); o cuando lo exige el bien de su alma o del prójimo, o cuando el silencio podría poner en peligro la propia fe o producir escándalo. También cuando la ley eclesiástica manda una profesión de fe: conversión a la Iglesia católica, Bautismo, Orden sacerdotal, promoción a la Jerarquía eclesiástica, etc. (CEC 1406, 2314). Sólo por graves motivos, causa justa y proporcionada, se puede ocultar la propia fe o la pertenencia a la Iglesia (convertidos en ambiente hostil, épocas de persecución, etc.). Y aun en esos



casos es pecaminosa esa ocultación si se hace negación implícita o con escándalo para el prójimo.

«Brille así la luz de ustedes delante de los hombres para que vean vuestras obras y glorifiquen a su Padre que está en el cielo» (Mt 5,16). «Su fe no sólo debe crecer, sino manifestarse; debe llegar a ser ejemplar, comunicativa, informada por la expresión que muy justamente llamamos testimonio» (Pablo VI, aloc. 14-dic-1966).

Dice Benedicto XVI en la Carta «Porta fidei»: «Hoy con frecuencia los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, y siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas» (PF 2).

«Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la Resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La «fe que actúa por el amor» (Ga 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre (Rm 12, 2; Col 3, 9-10; Ef 4, 20-29; 2 Co 5, 17)» (PF 6).

LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD

Dice Benedicto XVI: «No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de lo que vale y permanece siempre. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido (Cf Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1). La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro» (PF 10).

«El motivo de creer no radica en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón natural. Creemos ‘a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos’» (CEC 156).

Sin embargo, para que el acto de fe fuese conforme a la razón, Dios ha querido darnos «motivos de credibilidad que muestran que el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu» (Vaticano I: DS 3008-3010; CEC 156). Los motivos de credibilidad son señales ciertas de que la Revelación es Palabra de Dios.

Estos motivos de credibilidad son, entre otros:

- La gloriosa Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, signo definitivo de su Divinidad y prueba ciertísima de la verdad de sus palabras;
- «Los milagros de Cristo y de los santos (cf Mc 16, 20; Hch 2, 4)» (CEC 156; se basan sobre testimonios ciertos);
- El cumplimiento de las profecías (cf CEC 156), hechas sobre Cristo o por Cristo mismo (ej. acerca de la Pasión de Cristo; sobre la destrucción de Jerusalén, etc). Es prueba de la veracidad de la Sagrada Escritura;
- La sublimidad de la doctrina cristiana es también prueba de su origen divino. Quien medita las enseñanzas de Cristo puede descubrir en su profunda verdad, en su belleza y en su coherencia;

una sabiduría que excede la capacidad humana de comprender y explicar lo que es Dios, lo que es el mundo, los que es el hombre, su historia y su sentido trascendente;

- La propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad «son signos ciertos de la Revelación, adaptados a la inteligencia de todos» (CEC 156).

Los motivos de credibilidad no sólo ayudan a quien no tiene fe para superar prejuicios que obstaculizan el recibirla, sino también a quien tiene fe, confirmándole que es razonable creer y alejándole del fideísmo.

ACTOS DE FE

Un acto de fe sobrenatural requiere gracia divina. Se da bajo la influencia de la voluntad la cual requiere la ayuda de la gracia. Si se hace en estado de gracia, es meritorio ante Dios. Actos explícitos de fe son necesarios, por ejemplo, cuando la virtud de la fe está siendo probada por la tentación, cuando nuestra fe es retada, o cuando estamos ante actitudes mundanas contrarias a la fe. Estas situaciones debilitarían nuestra fe si no recurrimos a un acto de fe. Un ejemplo de acto de fe: «Dios mío, yo creo en Ti y todo lo que nos enseñas en tu Iglesia, porque Tu lo has dicho y tu Palabra es veraz». No siempre se vocaliza, basta que esté latente en nuestro corazón.

La fe inicia nuestra relación personal con Dios. Dice el Concilio Vaticano I: Por la fe quedamos habilitados para confiar todo nuestro ser a Dios, le ofrecemos el homenaje total de nuestro entendimiento y voluntad y asentimos libremente a lo que Dios revela. La fe es un don permanente. Debemos:

- Tener una fe informada. Para ello es necesario estudiar lo que nuestra fe enseña.
- Retener la Palabra de Dios en su pureza (sin comprometerla o apartarse de ella).
- Ser testigos incansables de la verdad que Dios nos ha revelado.
- Defender la fe con valentía, especialmente cuando se pone en duda o callar sería un escándalo (DH).
- Creer todo cuanto Dios enseña por la Iglesia (sin escoger según nos guste).

¿Tienen fe los cristianos que no están en comunión con la Iglesia? Tienen fe en Dios, conocen muchas de las verdades que Él nos ha revelado, pero no tienen fe en todo lo que Él ha revelado.

Es muy fácil decir «Creo»; pero nuestras obras deben ser la prueba irrefutable de la fortaleza de nuestra fe. La ley de Dios no se compone de arbitrarios «haz esto» y «no hagas aquello» para fastidiarnos. La ley de Dios es expresión de su sabiduría y su amor infinitos dirigidos al hombre para que éste alcance su fin y su perfección. Usamos un aparato doméstico según las instrucciones de su fabricante, quien sabe mejor cómo usarlo para que funcione bien y dure. Si tenemos sentido común, confiaremos en que Dios conoce mejor qué es lo más apropiado para nuestra felicidad personal y la de la humanidad.

LA PROFESIÓN DE LA FE

Dice Benedicto XVI en su Carta Porta Fidei:

«Quisiera esbozar un camino útil para comprender de manera más profunda los contenidos de la fe, y con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (*Rm* 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo.

«El ejemplo de Lidia es muy elocuente. Cuenta Lucas que Pablo, en Filipos, un sábado anunció el Evangelio a algunas mujeres; entre ellas Lidia, y el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (*Hch* 16, 14). El sentido de la expresión es importante. El conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo anuncia es la Palabra de Dios.

«Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

«La profesión de fe es un acto personal y a la vez comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Afirma el *CEC*: «Creo»: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. «Creemos»: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. «Creo», es también la Iglesia, nuestra

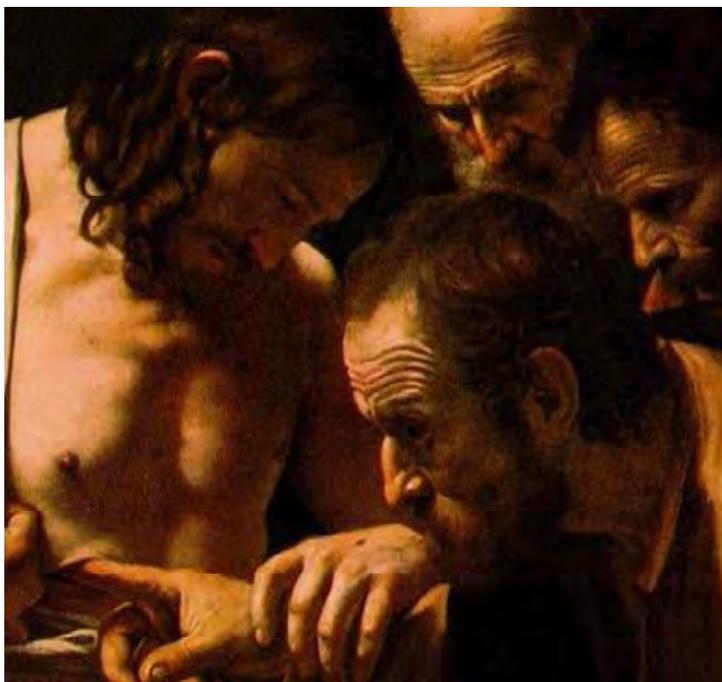
Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: «creo», «creemos»» (*CEC* 167).

«Como se ve, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio *asentimiento*, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor (*Vat. I, Const. Dei Filius: DS* 3008s; *DV*, 5)» (*PF* 10).



PECADOS CONTRA LA FE

Al cristiano nunca le es lícita la negación de la propia fe, ni directamente (por palabras, signos, gestos, escritos), ni indirectamente (por aquellas acciones que, sin ser en sí mismas oposición a la fe, por las circunstancias podrían interpretarse así); esto ocurre también cuando un creyente niega con su conducta lo que cree, o sus acciones (indiferencia, pecados personales) niegan la fe que dice profesar.



El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (cf Trento: DS 1545). Pero, «la fe sin obras está muerta»(St 2,26): privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo. El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella, sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: «Todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la Cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42; cf DH 14).

El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: «Todo aquel que se declare por

mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los Cielos, pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los Cielos»(Mt 10,32-33)

En nuestra época «muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión» (GS 7) y el secularismo, indiferencia religiosa o ateísmo práctico se convierte en fenómeno de masas. Ciertamente, el hombre por propia culpa puede perder la fe, don de Dios condicionado a una actitud humana de aceptación y respuesta, de modo que la falta de correspondencia continuada puede llevar a la pérdida de la fe. En este proceso inciden diversas causas, cruzándose muchas situaciones y actitudes: exageración de la libertad, relatividad histórica, recelo frente al Magisterio, desórdenes morales, dudas de fe, influencia del ambiente, ignorancia religiosa, y la más importante: el desorden moral. Al estar el acto de fe sostenido por la voluntad y la gracia, está condicionado por las disposiciones morales del sujeto.

¿La fe puede perderse sin propia culpa? El Concilio Vaticano I afirma que «los que han recibido la fe bajo el Magisterio de la Iglesia no pueden jamás tener causa justa para cambiar o poner en duda esa misma fe» (DS 3013; 3036). No existe causa objetiva o subjetivamente justa, que lleve a la persona a abandonar la fe sin pecado.

Dice el Catecismo de la Iglesia católica:

«El primer mandamiento nos pide que alimentemos y guardemos con prudencia y vigilancia nuestra fe y que rechacemos todo lo que se opone a ella. Hay diversas maneras de pecar contra la fe:

- La *duda voluntaria* respecto a la fe descuida o rechaza tener por verdadero lo que Dios ha revelado y la Iglesia propone creer.
- La *duda involuntaria* designa la vacilación en creer, la dificultad de superar las objeciones con respecto a la fe o también la ansiedad suscitada por la oscuridad de esta. Si la duda se fomenta deliberadamente, puede conducir a la ceguera del espíritu» (CEC 2088).

«La *incredulidad* es el menosprecio de la verdad revelada o el rechazo voluntario de prestarle asentimiento.

- ‘Se llama *herejía* la negación pertinaz, después de recibido el Bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma;
- *apostasía* es el rechazo total de la fe cristiana;
- *cisma*, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos’ (CIC 751)» (CEC 2089).

Los pecados contra la virtud de la fe son de forma y gravedad diversa, y se han dado diversas clasificaciones.

Se puede pecar contra la obligación de creer (infidelidad, apostasía), contra la obligación de confesar la fe (ocultación, negación de la fe), contra la obligación de acrecentarla (ignorancia religiosa) y de preservarla de los peligros. También puede pecarse por omisión (por no cumplir el deber de confesarla externamente, por ignorancia de las verdades que deben creerse) y por actos contrarios a esa virtud (pecados de comisión); éstos pueden ser por exceso y por defecto.

Hablando propiamente no hay pecados por exceso, ya que no se puede exagerar en la medida de las virtudes teologales. Pero se habla así cuando se consideran como objeto de la fe cosas que no caen dentro de él, como ocurre, por ejemplo, en la credulidad temeraria o en la superstición, cuando se cree en falsas devociones, en lugares pseudo-milagrosos, horóscopos, etc.; también entran en este apartado la adivinación y el espiritismo.

Se consideran pecados por defecto: la infidelidad, la apostasía y la herejía, y a ellos suelen añadirse el cisma, la indiferencia religiosa, la duda positiva contra la fe y el ateísmo.

La infidelidad es, en general, la ausencia de fe debida; en sentido técnico, es la ausencia de fe en aquellos que todavía no han recibido su hábito mediante el Bautismo (en el Derecho canónico el infiel es el no bautizado). Atendiendo a la culpa moral se habla de infidelidad negativa o material cuando no es culpable por provenir de ignorancia (paganos, por ejemplo), infidelidad privativa debida a negligencia consciente y voluntaria, e infidelidad positiva o formal cuando existe una opo-

sición culpable a la fe. No es siempre fácil decidir a cuál se reduce la infidelidad de un individuo o un grupo.

Vayamos nuevamente al Catecismo de la Iglesia católica: «El primer mandamiento prohíbe honrar a dioses distintos del Único Señor que se ha revelado a su pueblo. Proscribe la superstición y la irreligión. La superstición representa en cierta manera una perversión, por exceso, de la religión. La irreligión es un vicio opuesto por defecto a la virtud de la religión» (CEC 2110).

«La *superstición* es la desviación del sentimiento religioso y de las prácticas que impone. Puede afectar también al culto que damos al verdadero Dios, por ejemplo, cuando se atribuye una importancia, de algún modo, mágica a ciertas prácticas, por otra parte, legítimas o necesarias. Atribuir su eficacia a la sola materialidad de las oraciones o de los signos sacramentales, prescindiendo de las disposiciones interiores que exigen, es caer en la superstición (cf *Mt* 23, 16-22)» (CEC 2111).

«El primer mandamiento condena el *politeísmo*. Exige al hombre no creer en otros dioses que el Dios verdadero. Y no venerar otras divinidades que al único Dios. La Escritura recuerda constantemente este rechazo de los ‘ídolos [...] oro y plata, obra de las manos de los hombres’, que ‘tienen boca y no hablan, ojos y no ven’. Estos ídolos vanos hacen vano al que les da culto: ‘Como ellos serán los que los hacen, cuantos en ellos ponen su confianza’ (*Sal* 115, 4-5.8; cf. *Is* 44, 9-20; *Jr* 10, 1-16; *Dn* 14, 1-30; *Ba* 6; *Sb* 13, 1-15,19). Dios, por el contrario, es el ‘Dios vivo’ (*Jos* 3, 10; *Sal* 42, 3, etc.), que da vida e interviene en la historia» (CEC 2112).

«La *idolatría* no se refiere sólo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría desde el momento en que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios. Trátese de dioses o de demonios (por ejemplo, el satanismo), de poder, de placer, de la raza, de los antepasados, del Estado, del dinero, etc. ‘No pueden ustedes servir a Dios y al dinero’, dice Jesús (*Mt* 6, 24). Numerosos mártires han muerto por no adorar a ‘la Bestia’ (cf *Ap* 13-14), negándose incluso a simular su culto. La idolatría rechaza el único Señorío de Dios; es, por tanto, incompatible con la comunión divina (cf *Ga* 5, 20; *Ef* 5, 5)» (CEC 2113).

Adivinación y magia: «Dios puede revelar el porvenir a sus profetas o a otros santos. Sin embargo, la actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en las manos de la providencia en lo que se refiere al futuro y en abandonar toda curiosidad malsana al respecto. Sin embargo, la imprevisión puede constituir una falta de responsabilidad» (CEC 2115). «Todas las formas de *adivinanza* deben rechazarse: el recurso a Satán o a los demonios, la evocación de los muertos, y otras prácticas que equivocadamente se supone ‘desvelan’ el porvenir (cf *Dt* 18, 10; *Jr* 29, 8). La consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, la interpretación de presagios y de suertes, los fenómenos de visión, el recurso a ‘mediums’ encierran una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres, a la vez que un deseo de granjearse la protección de poderes ocultos. Están en contradicción con el honor y el respeto, mezclados de temor amoroso, que debemos solamente a Dios» (CEC 2116).

«Todas las prácticas de *magia* o de *hechicería* mediante las que se pretende domesticar potencias ocultas para ponerlas a su servicio y obtener un poder sobrenatural sobre el prójimo —aunque sea para procurar la salud—, son gravemente contrarias a la virtud de la religión. Estas prácticas son más condenables aún cuando van acompañadas de una intención de dañar a otro, recurran o no a la intervención de los demonios. Llevar amuletos es también reprehensible. El *spiritismo* implica con frecuencia prácticas adivinatorias o mágicas. Por eso la Iglesia advierte a los fieles que se guarden de él. El recurso a las medicinas llamadas tradicionales no legítima ni la invocación de las potencias malignas, ni la explotación de la credulidad del prójimo» (CEC 2117).

«La acción de *tentar a Dios* consiste en poner a prueba, de palabra o de obra, su bondad y su omnipotencia. Así es como Satán quería conseguir de Jesús que se arrojara del templo y obligase a Dios, mediante este gesto, a actuar (cf *Lc* 4, 9). Jesús le opone las palabras de Dios: ‘No tentarás al Señor, tu Dios’ (*Dt* 6, 16). El reto que contiene este tentar a Dios lesiona el respeto y la confianza que debemos a nuestro Creador y Señor. Incluye siempre una duda respecto a su amor, su providencia y su poder (cf *I Co* 10, 9; *Ex* 17, 2-7; *Sal* 95, 9)» (CEC 2119).

«El *sacrilegio* consiste en profanar o tratar indignamente los sacramentos y las otras acciones litúrgicas, así como las personas, las cosas y los lugares consagrados a Dios. El sacrilegio es un pecado grave sobre todo cuando es cometido contra la Eucaristía, pues en este sacramento el Cuerpo de Cristo se nos hace presente substancialmente (cf CIC 1367, 1376)» (CEC 2120).

«La *simonía* (cf *Hch* 8, 9-24) se define como la compra o venta de cosas espirituales. A Simón el mago, que quiso comprar el poder espiritual del que vio dotado a los Apóstoles, Pedro le responde: ‘Vaya tu dinero a la perdición y tú con él, pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero’ (*Hch* 8, 20). Así se ajustaba a las palabras de Jesús: ‘Gratis lo recibieron, dénlo gratis’ (*Mt* 10, 8; cf ya *Is* 55, 1). Es imposible apropiarse de los bienes espirituales y de comportarse respecto a ellos como un poseedor o un dueño, pues tienen su fuente en Dios. Sólo es posible recibirlos gratuitamente de Él» (CEC 2121).

«El nombre de *ateísmo* abarca fenómenos muy diversos. Una forma frecuente del mismo es el materialismo práctico, que limita sus necesidades y sus ambiciones al espacio y al tiempo. El humanismo ateo considera falsamente que el hombre es ‘el fin de sí mismo, el único artífice y demiurgo único de su propia historia’ (GS 20, 1). Otra forma del ateísmo contemporáneo espera la liberación del hombre de una liberación económica y social para la que ‘la religión, por su propia naturaleza, constituiría un obstáculo, porque, al orientar la esperanza del hombre hacia una vida futura ilusoria, lo apartaría de la construcción de la ciudad terrena’ (GS 20, 2)» (CEC 2124).

«El *agnosticismo* reviste varias formas. En ciertos casos, el agnóstico se resiste a negar a Dios; al contrario, postula la existencia de un ser trascendente que no podría revelarse y del que nadie podría decir nada. En otros casos, el agnóstico no se pronuncia sobre la existencia de Dios, manifestando que es imposible probarla e incluso afirmarla o negarla» (CEC 2127). «El agnosticismo puede contener a veces una cierta búsqueda de Dios, pero puede igualmente representar un indiferentismo, una huida ante la cuestión última de la existencia, y una pereza de la conciencia moral. El agnosticismo equivale con mucha frecuencia a un ateísmo práctico» (CEC 2128).

EL CONOCIMIENTO DE FE

La fe es un conocimiento: nos hace conocer verdades naturales y sobrenaturales. La aparente oscuridad que experimenta el creyente, es fruto de la limitación de la inteligencia humana ante el exceso de luz de la verdad divina. La fe es un anticipo de la visión de Dios «cara a cara» en el Cielo (1 Co 13, 12; cfr. 1 Jn 3, 2).

Su certeza: «La fe es cierta, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir» (CEC 157). «La certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón natural» (STh II-II, q. 171, a. 5, ad 3).

La inteligencia ayuda a profundizar en la fe. «Es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a Aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor» (CEC 158).

La teología es la ciencia de la fe: se esfuerza, con la ayuda de la razón, por conocer mejor las verdades que se poseen por la fe; no para hacerlas más luminosas en sí mismas (es imposible), sino más inteligibles para el creyente. Este afán, cuando es auténtico, procede del amor a Dios y va acompañado por el esfuerzo de acercarse más a Él. Los mejores teólogos han sido y serán siempre santos.

Una *fe adulta* es una fe personal, valiente, sin miedos infantiles. La fe adulta sólo se encuentra en personas adultas que no tienen miedo a preguntarse, no tienen miedo a la duda, no tienen miedo a caminar a contracorriente, a protestar ante el Sanedrín, a preguntar, una y otra vez a Jesús: ¿dónde vives?

Dentro de la pluralidad y diversidad de temas encontrarás un río de pensamientos nuevos, luces nuevas que no te dejarán indiferente: te indignarás o te tranquilizará. Pero no te pares: sigue tú pensando, buscando. Vive tu fe como un adulto.

La misma vida te irá hablando de Dios. «*Hay otras muchas cosas que ahora ustedes no pueden comprender. El Espíritu los irá llevando hacia la Verdad plena*».

RAZON Y FE

Crear es
aceptar pero
hay que seguir
pensando

Agustín de Hipona



Relación entre fe y razón. ¿Debemos los cristianos tratar de aprovechar el pensamiento y la cultura secular, o rechazarlo completamente? Tertuliano (siglo III) se preguntó: «¿Que tiene Atenas que ver con Jerusalén?». La respuesta de la Iglesia desde los primeros siglos ha sido que podemos descubrir en la cultura secular muchas verdades que están en consonancia con la fe y que fortalecen la enseñanza cristiana. A través de los siglos, grandes teólogos y santos han reconocido la importancia de la razón para ayudar a elucidar la verdad del Evangelio.

Hay dos polos que se deben tomar en cuenta y armonizar:

1: El Evangelio posee una lógica interna que se puede descubrir en cierto grado por medio de la razón natural.

2: La razón natural no es suficiente para creer. La fe requiere también un compromiso subjetivo que podemos hacer una vez que hemos tenido la experiencia interior de gracia y estamos conscientes de quien es Jesucristo. Solo cuando creemos podemos plenamente entender.

La fe es amiga de la razón y la estima. Se apoya en ella para aprender. Pero la fe, sin obliterar la razón, la sobrepasa y va más alto.

La fe católica no comparte el concepto protestante de que el hombre está totalmente depravado y por tanto son inútiles todas sus obras. Los católicos reconocemos que hay un beneficio mutuo entre el ejercicio de la razón y la apertura a la fe. Esta relación es como un matrimonio que no debe romperse por las tensiones y dificultades que surjan. Más bien esas dificultades son un reto que ayuda a poner mayor esfuerzo para el crecimiento de ambas.

Dice Benedicto XVI acerca del estudio de la fe «El estudio representa una oportunidad providencial para progresar en el camino de la fe, porque una inteligencia bien cultivada abre el corazón del hombre a la escucha de la voz de Dios, enfatizando la importancia del discernimiento y la humildad»

«La fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad (Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 34. 106)» (PF 11).

«Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el CEC un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio. En la Const. apost. *Fidei depositum*, el beato Juan Pablo II escribía: «Este Catecismo es una contribución

importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial».

«Precisamente en este horizonte, el *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para re-descubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el CEC. En efecto, en él se pone de manifiesto la



riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe.

«En su misma estructura, el CEC presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, su enseñanza sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración» (PF 11).

LA FE Y LA CARIDAD



Dice el Papa Benedicto XVI en la Carta Porta Fidei 14:

«El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes que no atañen, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de ustedes le dice: «Vete en paz, abrígate y come», pero no le da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe»» (St 2, 14-18).

«La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicieron con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; Ap 21, 1).

Y prosigue en el n. 15:

«Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era

niño (2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello se alegran, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de su fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo aman y, sin contemplarlo aún, creen en él y se alegran con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de su fe; la salvación de sus almas» (1 P 1, 6-9). La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos experimentaron la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (Col 1, 24), son preludeo de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre».

COHERENCIA ENTRE FE Y VIDA

Toda la vida del cristiano debe ser manifestación de su fe. No hay ningún aspecto que no pueda ser iluminado por la fe. «El justo vive de la fe» (Rm 1, 17). La fe obra por la caridad (cf Ga 5, 6). Sin las obras, la fe está muerta (cf St 2, 20-26). Cuando falta esta unidad de vida, y se transige con una conducta que no está de acuerdo con la fe, entonces la fe necesariamente se debilita, y corre el peligro de perderse.

Perseverancia en la fe: La fe es un don gratuito de Dios. Pero este don inestimable podemos perderlo (cf 1 Tm 1,18-19). «Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla» (CEC 162). Debemos pedir a Dios que nos aumente la fe (cf Lc 17,5) y que nos haga «fuertes en la fe» (1 P 5, 9). Para esto, con la ayuda de Dios, hay que realizar muchos actos de fe.

Todos los fieles católicos están obligados a evitar los peligros para la fe. Entre otros medios, deben abstenerse de leer aquellas publicaciones que sean contrarias a la fe o a la moral -tanto si las señala expresamente el Magisterio, como si lo advierte la conciencia bien formada-, a menos que exista un motivo grave y se den las circunstancias que hagan inocua esa lectura.

Difundir la fe. «No se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero... Alumbre así vuestra luz ante los hombres» (Mt 5, 15-16). Hemos recibido el don de la fe para propagarlo, no para ocultarlo (cf CEC 166). No se puede prescindir de la fe en la actividad profesional. Es preciso informar toda la vida social con las enseñanzas y el Espíritu de Cristo.

Testimonios de la fe: Dice Benedicto XVI en la Carta Porta Fidei n 13:

«Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo

afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su Resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.



«Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la Resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (Hch 1, 14; 2, 1-4).

«Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (Mt 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (Lc 11, 20).

Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su Muerte (*Jn 13, 34-35*). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el Evangelio a toda criatura (*Mc 16, 15*) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la Resurrección, de la que fueron testigos fieles.

«Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (*Hch 2, 42-47*). Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

«Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (*Lc 4, 18-19*).

«Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (*Ap 7, 9; 13, 8*), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban. También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia».

EL TESTIMONIO DE LA FE

Nosotros, como todos los humanos, aun viviendo en este mundo superficial y materialista, nos interrogamos siempre acerca del misterio de la realidad. Pero el sentido de las cosas no se reconoce en la superficie. Menos aún el sentido cristiano, que supone la fe.

«Nosotros caminamos a tientas, ciegos, presintiendo cercano el muro: yacemos como muertos en las tinieblas; atisbamos como osos y gemimos como palomas en espera de la salvación». Así hablaba el profeta Isaías.

Por eso, necesitamos liberarnos de prejuicios y del conformismo. Necesitamos ser sinceros y honestos con nosotros mismos. Tomar en serio los grandes interrogantes que cada uno traemos en nuestro interior (GS 10): ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿la realidad es absurda o puedo entenderla? ¿la vida es un regalo, un ciego destino, o una casualidad? ¿por qué ninguna conquista logra extinguir nuestra sed? ¿qué puedo esperar y qué debo hacer? Porque si vengo de la nada y camino hacia la nada, no parece que tenga algo que hacer o esperar, y sólo me resta andar a la deriva. Pero si provengo del Amor infinito y voy hacia el Amor infinito, entonces tengo frente a mí un camino, aunque difícil, lleno de significado.

Cada una de las veinticuatro horas de cada día nuestro mundo es bombardeado por noticias, en todas las lenguas, por los más variados medios, y por tantísimas razones. Nosotros mismos somos continuamente receptores y transmisores. En efecto, vivimos de noticias y morimos por noticias. Hay noticias buenas, constructivas, positivas; y también malas, negativas, devastadoras... Por desgracia nos cuesta trabajo distinguir unas de otras, recibirlas y comunicarlas. Sólo podremos llegar a ser criterio de discernimiento para los demás convirtiéndonos en personas vitales, necesarias, dignas de ser escuchadas porque traemos buenas noticias.



La audacia inaudita de la fe cristiana consiste en afirmar que Dios se hizo hombre, para poder elevar al hombre hasta Dios, en una comunión inmediata con El. Y en ese Misterio de amor misericordioso, María tuvo un papel imprescindible. Por eso la invocamos como Madre de Cristo y de la Iglesia.

En efecto, nosotros anunciamos un gozo grande: Nuestro Dios lleva más de 2000 años presente entre nosotros. La estrella de la mañana se levanta brillante en nuestros corazones. Existe un elemento de novedad en esta sociedad que nos parece envejecida. El silencio de Dios se convierte en Palabra, y la Palabra hecha carne pone su morada en la ciudad del hombre. Dice 1 Jn 1,1-3: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos visto y oído, lo que vieron nuestros ojos, lo que hemos contemplado, lo que nuestras manos tocaron, o sea, el Verbo de la Vida (ya que la Vida se hizo visible, y nosotros la hemos visto, y damos testimonio de ello, y les anunciamos la Vida eterna que estaba junto al Padre y se nos hizo visible), lo que hemos visto y oído se los anunciamos a ustedes, para que también ustedes estén en comunión con nosotros».

Todos los días Dios sale de su silencio y pronuncia en Cristo la Palabra de la salvación, que espera una respuesta del hombre. Para que «por el anuncio de la salvación el mundo entero escuchando crea, creyendo espere y esperando ame» (DV 1).

El anuncio de la Iglesia es precisamente éste: el Misterio infinito nos ha dirigido la Palabra, aún más, ha venido a encontrarnos personalmente, con el nombre y el rostro de un hombre: Jesús de Nazaret, y nos ha llamado a vivir con El por la eternidad. Dios hecho hombre, el hombre elevado a Dios: ninguna otra religión tiene una noticia semejante, ni ofrece una esperanza más audaz. Mientras los grandes profetas y santos advierten su pequeñez ante la grandeza de Dios y se reconocen pecadores, Jesús de Nazaret con tranquila seguridad se presenta como Hijo de Dios e igual al Padre, lo cual sería una locura y una blasfemia en la boca de cualquier otro. Esta pretensión es inaudita, pero dos mil años de historia la hacen digna de ser tomada en cuenta.

Jesús dijo: «Para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37). En El hallan respuesta las preguntas más profundas del hombre y la búsqueda religiosa de los pueblos; en él el caminante sediento halla en «agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14) como la halló un día la samaritana.

Dice Heb 1,1-2: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras a nuestros padres en los tiempos antiguos por boca de los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien ha constituido heredero de todas las cosas y por medio del cual ha creado todas las cosas».

Y leemos en Sb 18,14-15: «Mientras un profundo silencio envolvía todas las cosas, y la noche estaba a la mitad de su curso, tu Palabra celestial omnipotente, desde tu trono real, guerrero implacable, se lanzó hasta el corazón de nuestra tierra de exterminio, portando, como espada afilada, tu orden inexorable».

En resumen, Dios se revela y se dona en una historia entretrejida de palabras y acontecimientos. Y nosotros, la humanidad, lo acogemos libremente,



comprometiéndonos integralmente, con inteligencia, voluntad y corazón (DV 5), confiándole nuestro futuro y dando nuestro asentimiento a la verdad que comunica. Esta adhesión plena y comprometida supera el sentido religioso común y se llama fe.

Qué persona tan benéfica es Jesús, Palabra del Padre expresada en carne y palabras humanas. El corazón de su predicación es el «Reino de Dios», por eso se le llama «evangelio de Dios» (Mc 1,14-15), es decir, «bella, decisiva, definitiva, noticia de Dios al mundo». El vino a decirnos que Dios es amor y es papá cariñoso; que el perdón salva al mundo, no la violencia. Es comunicador de buenas noticias por excelencia. La persona de Jesús, el salvador, es «Evangelio». Su anuncio es palabra, acción y vida, pues El es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6) para nuestra salvación.

Sin embargo, las noticias que, en el bien y en el mal, logran influenciar más nuestra vida, no son precisamente las que nos trae el Hijo. En nuestro corazón buscamos ser como los grandes de este mundo; no nos queremos dejar humillar, y en nuestro corazón anida un Caín deseoso de destruir al enemigo en cuanto tengamos ocasión. Nos escandalizamos de los males que hacen otros, para encubrir nuestros propios rencores acrecentados. No somos terroristas sólo porque no tenemos oportunidad.

Es más, las noticias que aceptamos de Jesucristo en nuestra vida son tan incompletas, tan superficiales, tan confusas, que no son significativas. Hemos separado el Evangelio de la vida, la oración de nuestra existencia concreta. Seguimos «lo que se dice», lo se ha contado por tradición, lo que nos parece bien, lo que vimos en películas, o imaginaciones populares. Utilizamos la Biblia como libro de catequesis, de cultura, de discusión, pero poco como la luz que orienta nuestra vida.

Sería muy poco tener noticias de Jesús, si Jesús no fuera evangelio, buena noticia de Dios, de su Reino por nosotros. Y podemos preguntarnos, ¿en verdad Jesús es «Evangelio» en nuestras elecciones diarias? ¿Su pensamiento, sus mandamientos, sus ejemplos, tienen la fuerza de influir, iluminar, consolar y volver a motivar nuestra vida?

En nuestra comunidad se anuncia a Jesucristo ¿tenemos sólo vagas resonancias de Él?, ¿o por el contrario su perfil histórico, espiritual, misionero, ha llegado a ser una relación vital con nosotros, una noticia en el corazón, fuente de verdad y corrección, de gozo y esperanza? ¿Podemos decir en nuestro interior: «Hago esto porque así lo dijo Jesús»? O, por el contrario, vivimos como paganos, terroristas destructores en el corazón de lobo, aun-

que revestidos con la piel de tus corderos?

Cuando Juan bautista, desde la cárcel, mandó a preguntar a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?». Jesús respondió: «Vayan y cuenten a Juan todo lo que han visto y oído: los ciegos recuperan la vista, los cojos caminan, los leprosos son curados, los sordos vuelven a oír, a los pobres se les anuncia la buena noticia, y feliz aquel que no se escandalice de mí». (Mt 11,2-6).

Jesús de Nazaret no nos enseña una visión del mundo que sintetice la experiencia común de los humanos, ni un conjunto de verdades religiosas y morales que sea fruto de reflexiones particularmente penetrantes. Se presenta más bien como el mensajero de un acontecimiento apenas iniciado pero en pleno desarrollo. Antes que ser una enseñanza, es un anuncio, un grito de alegría: ¡Ya llega el Reino de Dios! Una frase sencilla colocada al inicio del Evangelio de Marcos resume toda su predicación: «Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca: conviértanse y crean en el Evangelio» (Mc 1,15).

La Buena Noticia es que Jesús nos ha salvado. El ya ha entregado su vida por todos nosotros. Esta es la causa por la cual se desvive y la firme esperanza que lo sostiene... Jesús, con su mensaje, sacude tanto la presunción como el pesimismo; suscita el coraje audaz de la humildad. Invita a caminar tras El hacia un futuro misterioso, don gratuito y real de Dios, no conquista solitaria y problemática del hombre. Dios está ya en acción dentro de la historia para preparar un mundo nuevo.

El atractivo de la buena noticia hace salir de las seguridades ilusorias y de los temores; atrae nuestros pasos a un camino difícil e imprevisible, pero sin duda cargado de promesas, como las de los primeros discípulos. Que no nos destruyamos, sino construyamos juntos la civilización del amor. Porque sólo el perdón nos salvará.

Es conforme a nuestra dignidad dar crédito a las declaraciones y promesas de personas honestas. Por la fe, damos crédito a Dios, que es la verdad misma. Confiarnos en Dios significa adherirnos firmemente a su mensaje, a la doctrina que nos ha revelado y que nos propone con autoridad la Iglesia en su Nombre. La fe no es un vago sentimiento, ni sólo un conjunto de compromisos prácticos; tiene un contenido de verdad, que el creyente debe conocer siempre mejor (DV 5-6).

CRISIS DE FE

Toda persona sincera pasa por períodos de duda intensa y conflicto interno en sus creencias, lo cual le permiten purificar sus ideas preconcebidas y prejuicios, para fundamentar sus decisiones vitales.

Una crisis de fe puede ser un simple período de duda en el que la fe demanda una reconciliación o reevaluación antes de poder continuar creyendo en lo que se duda, o continuar en cualquiera que sea el camino de la vida que se cuestiona

El concepto de crisis de fe se aplica más comúnmente a creencias religiosas, tan importante como para condicionar decisiones vitales tales como un estado de vida, elección de un compañero, un trabajo, unos amigos, etc.

La fe aparece, nace, tiene un verdadero comienzo. El renunciamiento a toda deducción lógica corresponde a ese puro comienzo. Tras esa oscuridad se oculta un misterio: la fe es obra de Dios, quien como el verdadero artesano se vale de esfuerzos del pensamiento, episodios de la sensibilidad, emociones causadas por valores religiosos, encuentros con los santos. Volverse creyente es efecto de una acción divina que conmueve, transforma, ilumina, atrae, envolviéndonos en el misterio de la gracia. Hasta allí no penetra ningún análisis psicológico ni razonamiento lógico alguno.

Pero la fe tiene igualmente un lado humano: la experiencia de la fe nace y se desenvuelve siguiendo ciertas leyes. No se disuelve en una vaga religiosidad, pues se liga el acto de fe con su contenido, en interdependencia absoluta. La fe es un acto que responde a la realidad precisa de Dios. Eso no significa que se sustraiga a las leyes y estructuras de toda actitud religiosa. La ciencia de las religiones reduce la fe cristiana al sentimiento religioso. La naturaleza de la fe sólo se comprende en función de su contenido.

Así, la respuesta de fe tiene historia. En su despertar, no es firme ni acabada; todo lo que es vida es porvenir. En su evolución, atraviesa por diversas fases: altos y bajos, períodos de crisis y períodos de desarrollo tranquilo. Abarca al hombre por entero, en su singularidad, su fuerza y debilidades, su temperamento, experiencias y ambiente; se pierde en la oscuridad del destino, pero tiene ciertas constancias.

Existen crisis típicas de la fe. Algunas provienen de un cambio de medio; otras, de graves acontecimientos humanos: ruptura de vínculos afectivos, la felicidad o la desgracia, enfermedades físicas o morales, etc.

Es humano dudar, especialmente cuando ese conocimiento remite a aquello que no se ve: la trascendencia, y ámbitos que rozan el plano del misterio: la vida después de la **muerte** o Dios. ¿Cómo afrontar y superar una crisis de fe?

En primer lugar, vivirla sin **culpabilidad**; más bien, intentar comprenderse a sí mismo. Cuanto más te obsesiones y des vueltas en la cabeza a ese tema o cuestión, más difícil será encontrar la calma. Hablar del tema con alguien con quien haya mucha confianza y tenga la **sensibilidad** necesaria para entenderte.

Utiliza las **fuentes** de la literatura o la bibliografía religiosa para buscar algún tema que pueda complementarte en tus inquietudes actuales. En una crisis de fe buscas respuestas, por ello es importante hacerse las preguntas adecuadas y recurrir a las fuentes necesarias. La **filosofía** es una fuente muy potente para reflexionar sobre la fe, el sentido de la vida y el arte de vivir en plenitud. En general, incluso las personas que se han formado en la religión, superan alguna crisis de fe en algún momento de su vida.

Ser cristiano no consiste en entrar y quedarse en un determinado edificio teológico, por muy bien construido que esté, o sólido que sea. Significa decir sí a Jesús y al estilo de vida que propuso, en su práctica cotidiana. A partir de ese «sí», y en el proceso de caminar siguiendo la justicia y la misericordia, vendrá el encuentro con lo trascendente, con lo que no entendemos, con lo que sólo intuimos... el encuentro con el Dios, padre de Jesús.

De ahí la necesidad de separar la fe en Jesús del armazón teológica en que lo has secuestramos. Dejar que se hunda definitivamente el edificio, y seguir sólo a Jesús. Llegar a la convicción que no atraviesas una crisis de fe, sino una purificación del filtro que has utilizado por años para leer e interpretar la persona y el mensaje del profeta de Galilea.

También hay una crisis general de fe en el mundo secularizado y en la Iglesia. Incluso la actividad pastoral ordinaria, privilegiando la di-

mención ética y social, descuidando la dimensión espiritual y los contenidos doctrinales (reacción a excesos de otras épocas), y dejando un vacío a colmar con búsquedas alternativas. Esto, junto a una evangelización superficial que hace poco hincapié en la identidad cristiana, termina diluyendo la identidad católica, reduciéndola a compromisos morales o prácticas sacramentales. Catequizamos y moralizamos a gente que no cree en su corazón, ni ha conocido realmente a Jesús en su vida, aunque esté bautizada, confirmada, e incluso tenga algún compromiso eclesial.

La excesiva racionalización y burocratización de la pastoral, con lemas, slogans, planes, proyectos, siglas, que no dice nada a las masas sedientas de experiencia de Dios y cansadas de tanta «reunión», que les desgasta, causa éxodo hacia las sectas, o hacia la indiferencia.

Harvey Cox, autor de «La Ciudad secular» (1965), publicó en 1995 «*Fire from Heaven*», afirmando que las Iglesias que siguieron sus tesis de la secularización progresiva, más rápido perdieron feligresía, tanto Iglesias protestantes liberales como amplios sectores del catolicismo. En cambio el pentecostalismo, con su primado en la experiencia espiritual, el discurso escatológico y la fe en lo sobrenatural, tiene mayor crecimiento y expansión.

Urge recuperar las dimensiones descuidadas de la fe y la experiencia cristiana, entre ellas también la vía emocional, la fresca celebrativa y la hondura del Misterio. Hoy se demanda experiencia; no solo palabras sobre Dios, sino hablar con él.

El gran desafío de hoy reclama que el evangelizador **hable de lo experimentado, lo vivido**, lo «visto y oído», no tanto de lo que le han contado. **Se necesita gente de peso experiencial en la fe**, verdaderos «maestros espirituales» que ayuden a otros a gustar la presencia de Dios en la vida y a entrar en comunión con Él, cuyo amor incondicional se descubre en la raíz de la realidad humana, especialmente en la más vulnerada y desvalida. Sin



experiencia de Dios el cristianismo no es más que un «metal que resuena», habla de cosas accesorias, sólo entregar la cáscara en que se ha refugiado.

Las Parroquias no son academias, clubes sociales, o estación de sacramentos y cursos intensivos para los sacramentos «de despedida» (porque al «iniciado» no vuelven a verlo). Las estructuras diocesanas y las reuniones no se traguen la vida de los agentes en el año, mientras que en las parroquias no los encuentran ni hay espacio de gratuidad donde orar y meditar la Palabra de Dios. Por el sólo hecho de existir una comisión no existe esa pastoral, si no sucede nada en las bases. Los delegados no se representan a sí mismos.

En una entrevista publicada en «Ser cristiano en

la era neopagana» (1995), Card. Ratzinger afirmaba: *«Me parece innegable que existe demasiada auto-ocupación de la Iglesia consigo misma. Habla demasiado de sí, mientras tendría que dedicarse más y mejor al problema común: hallar a Dios, y hallando a Dios, hallar al hombre. En este sentido la Iglesia*

debería ser más abierta, menos preocupada de sí misma y más dedicada al gran tema de Dios... Sería necesario concederse más tiempo de silencio, de meditación y encuentro con lo real, para conseguir un lenguaje más fresco, que nazca de una experiencia profunda y viva, más capaz de llegar al corazón de los demás.

...La descristianización ha llegado a niveles inimaginables en la época de la clausura del Concilio... Creo que en realidad son los testimonios la primera condición para la nueva evangelización. Personas que, viviendo la fe en su vida cotidiana demuestren que la fe da vida, una vida verdaderamente humana en la comunión y en la comunidad. Sólo de esta manera puede hacerse comprensible el contenido del mensaje, y por ello necesitamos núcleos de cristianos que realicen esta verificación de la fe en la vida –tanto personal como comunitariamente– y ofrezcan a todos una experiencia cuyas raíces sean dignas de conocer».

MARÍA, MUJER DE FE

Para poder creerle a Dios es preciso que vivamos con la misma actitud de apertura y generosidad de la Virgen María. Ella nos toma de la mano y nos conduce al encuentro con Cristo, es ella quien nos enseña a creerle a Dios y abrir el corazón para que se haga la voluntad de Dios en nosotros y de esa manera demos testimonio que si es posible vivir la felicidad en la entrega generosa de toda nuestra existencia.

Dice el Documento de Aparecida: «La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de ‘hijos en el Hijo’ nos es dada en la Virgen María, quien por su fe (cf Lc 1,45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf Lc 1,38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf Lc 2,19.51), es la discípula más perfecta del Señor (LG 53). Interlocutora del Padre en su proyecto de enviar su Verbo al mundo para la salvación humana, María con su fe llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. Del Evangelio emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo. Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incomprensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó así a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza» (A 266).

Dios no se valió de María «de modo puramente pasivo»; solicitó su libre aceptación, y ella la dio de modo pronto y decidido: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38). Con esta respuesta de fe humilde y valiente, se iba encaminando hacia un futuro misterioso, y se po-

nías de pronto en una situación dramática con relación a José, a la familia, y al ambiente. Y al mismo tiempo entraba en una relación de comunión singularísima con un Hijo que es el «Emmanuel» «Dios con nosotros» (Mt 1,23).



María recorrió el camino de esta vida y esta historia. Con ella planteamos las preguntas fundamentales que se refieren al sentido de nuestra vida. Sólo así el mensaje cristiano puede provocar interés y suscitar expectativas, como alegre mensaje de redención y liberación. La Virgen María es la feliz porque ha creído del modo más puro y total (Lc 1,45). Cuando el ángel le anunció su maternidad misteriosa, salió de su pequeño mundo de esposa prometida, y se abrió al proyecto de Dios: «He aquí la esclava del Señor,

hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38). Madre del Mesías, avanzó en la oscuridad de la fe hasta el drama angustioso del Calvario.

Creer es abrirnos al proyecto salvador de Dios, salir de nosotros mismo, obedecer, arriesgarnos por su causa, ponernos en camino hacia las realidades «que no se ven» (Heb 11,1), caminar detrás de Jesús «autor y perfeccionador de nuestra fe» (Heb 12,2). Y asumir una actitud de activa acogida, que permita que Dios haga historia junto con nosotros, más allá de nuestras propias posibilidades humanas, como lo hizo en María.

María vivió de fe, como una elección responsable y razonable. Aceptó razonablemente la misión que se le confiaba, y abrió su razón a un horizonte más amplio y profundo de comprensión de la realidad. El Misterio de la Encarnación redentora, aunque permanece oscuro en sí mismo, ilumina y da significado y valor a todo. La fe supera la razón;

pero el conocimiento «genera, nutre, defiende y fortalece» la fe (San Agustín).

A sus ojos de creyente, la vida aparecía iluminada con un nuevo significado, y se presenta plenamente como digna de vivirse. Jesucristo, «revelando el Misterio del Padre y de su amor, revela plenamente el hombre al hombre, y le da a conocer su altísima dignidad» (GS 22). Toda persona adquiere un valor absoluto en cuanto está llamada a la comunión con Dios en la eternidad. Cada dimensión de la persona -espíritu, cuerpo, familia, sociedad, cultura, trabajo- se hace auténtica y se orienta al desarrollo integral.

María nos enseña a comprender que la fe «obra a través de la caridad» (Ga 5,6); no sólo manifiesta el sentido de las cosas, sino que da la fuerza para realizarlo. Los cristianos, mientras anhelamos alcanzar la perfección definitiva más allá de la historia, experimentamos ya en la vida presente una anticipación de ella, nos sentimos curados o al menos en vías de curación, saboreamos la belleza de vivir, aun en medio del dolor y del cansancio. Y contemplamos a María glorificada en cuerpo y alma, mientras pregusta en esperanza la salvación eterna, poniendo también las señales del Reino eterno en la ciudad terrena: libertad, justicia, solidaridad, sobrio bienestar con respeto a la naturaleza, paz. «Quien sigue a Cristo, el Hombre perfecto, se hace también más hombre» (GS 41); descubrimos que somos infinitamente amados y que podemos amar todavía más.

Dice el Documento de Aparecida: «Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la anunciación y encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel, para

que, peregrinos en el camino, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros conforme a su promesa» (A 553).

Terminamos parafraseando la oración del papa Pablo VI en el año de la Fe:

Madre, que concebiste al Verbo primero por la fe y luego en el vientre, intercede por nosotros para que nuestra fe sea **plena**: sin reservas, que penetre en nuestros pensamientos, en el modo de juzgar las cosas divinas y las humanas.

Intercede por nosotros para que nuestra fe sea **libre**: o sea, que tenga la cooperación de nuestra adhesión, acepte las renunciaciones y deberes que supone y exprese la dimensión más comprometida de nuestra personalidad.

Intercede por nosotros para que nuestra fe sea **fuerte**: que no tema las contrariedades de los problemas, que la experiencia de nuestra vida sea plena, ávida de luz; que no tema las adversidades de quien la discute, la ataca, la pone en duda o la niega, sino se mantenga en la verdad hasta la última

prueba; resista a las críticas, se corrobore con la afirmación continua, que desbarrate las dificultades dialécticas y espirituales en que se desarrolla nuestra existencia espiritual.

Intercede por nosotros, Señora, para que nuestra fe sea **gozosa**, y dé paz y alegría a nuestro espíritu tan inquieto por las necesidades creadas por este mundo consumista y

materializado, que nos ha sumergido en una cultura de muerte.

Señora de San Juan, intercede por nosotros para que nuestra fe sea **humilde** y no presuma de fundarse en la experiencia de nuestro pensamiento y sentimiento, sino se refiera al testimonio del Espíritu Santo, y no tenga otra mejor garantía que la docilidad a la Tradición y a la autoridad del Magisterio de la Santa Iglesia. Amén.



LA FE EN EL CONCILIO VATICANO II Y EN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

«Conservar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo. El Concilio ecuménico Vaticano II... tenía como propósito y deseo hacer patente la misión apostólica y pastoral de la Iglesia; y conducir a todos los hombres, mediante el resplandor de la verdad del Evangelio, a la búsqueda y acogida del amor de Cristo que está sobre todo ser (Ef 3,19)» (Fidei depositum, Introducción).

El Concilio Vaticano II

Sorprendió el anuncio de un Concilio que hizo el Beato Papa Juan XXIII el 25 enero 1959 desde la Basílica de San Pablo extramuros. Y más porque parecía que no se trataba de reanudar el interrumpido Concilio Vaticano II, sino de convocar uno nuevo. Porque los Cardenales no veían que hubiera un problema doctrinal de fe en la Iglesia al cual hubiera qué responder. En efecto, los Concilios en la historia habían aclarado cuestiones relativas a la fe, que dañaban la vida cristiana en las personas y las comunidades. Olvidaban que ya el Papa Pío XII había visto su necesidad, pero no se había atrevido a acometer tal empresa.

Los trabajos de consulta de la Comisión antepreparatoria recopilaron tantas cuestiones, que dejaron ver la necesidad de un Concilio, no tanto de carácter doctrinal, sino pastoral, para ofrecer a los cristianos respuesta a tantas cuestiones en un mundo que cambiaba rápidamente y un racionalismo que tomaba nuevas facetas tras las guerras mundiales y entre tantos estallidos sociales en el mundo. En

la encíclica «Ad Petri cathedram» (29 junio 1959), y en la Constitución apostólica «Humanae salutis» (25 diciembre 1961), el Papa confirmaba el carácter pastoral del Concilio Vaticano II. Por eso no trae cánones doctrinales ni condena de errores.

Con todo, no podían faltar cuestiones de fe implicadas en la renovación total de la Iglesia que emprendía el Concilio. Por eso hubo continuas intervenciones del Santo Oficio y de la Comisión para la interpretación del Código. Sobre todo aparece claro en la «Nota explicativa previa» (16 nov 1964) a la sexta redacción de la Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium», que permitiría su aprobación (19 nov) y sería promulgada por el Papa Pablo VI (21 noviembre 1964). Aclaraba que la calificación teológica de la doctrina de los textos conciliares debía ser interpretada según las normas comunes de la interpretación teológica. No pretende condenar errores, sino mostrar la belleza de la fe.

Se enfrenta con el fenómeno del ateísmo en Europa y entre los intelectuales (GS 19-21), y la indiferencia religiosa en el resto del mundo, y un avance del secularismo. Y debe responder con el depósito de la fe, que debe responder a las nuevas cuestiones en un progreso de la comprensión de la fe cristiana (UR 6, 11, 14), en diálogo con la cultura (GS 62), pues la fe todo lo ilumina (GS 11, 18). La fe se recibe de Dios por medio de la Iglesia (LG 11; UR 2; GS 42); el hombre es invitado a recibirla y profesarla voluntariamente (DH



10). Así, el Obispo es pregonero de la fe (LG 25); y el laico debe testimoniarla con la vida en medio del mundo (LG 35), siguiendo el testimonio de los mártires (GS 21), hasta dar frutos (UR 23). Hay un sentido de la fe en el pueblo de Dios (LG 12). El Espíritu Santo fue llevando a la Iglesia a una nueva concepción de sí misma, no desde la doctrina, sino desde su misma autocrítica y su práctica pastoral.

Catecismo de la Iglesia católica

El Concilio Vaticano II no fue punto de llegada, sino abrió caminos a nuevos eventos, como el Sínodo de los Obispos, las Conferencias episcopales, un sinnúmero de documentos del Magisterio ordinario de la Iglesia, y múltiples iniciativas de apostolado, más de carácter patristico, con sus organismos correspondientes, siendo punto de partida para un cambio en el modelo social de Iglesia que respondiera al racionalismo existencialista. Era necesario codificar la doctrina surgida de esa nueva autocomprensión de su misterio y del avance de su acción salvadora en el mundo bajo el impulso del Espíritu Santo.

Por eso, en la asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos en el XX aniversario del Concilio (1985), los Padres pidieron al Papa un Catecismo del Vaticano II. Tras 10 años de un trabajo en amplísima colaboración, el Beato Papa Juan Pablo promulgó el Catecismo con la Constitución apostólica que lleva precisamente por título «Fidei depositum» (11 octubre 1992). Recuerda que el Concilio buscaba «conservar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina cristiana con el fin de hacerlo más accesible... mostrar serenamente la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe» (1. Intr.).

El Catecismo de la Iglesia católica «es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas e iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesiástico» (4. Valor doctrinal del texto). Se expresa de forma nueva, con nuevos lenguajes, con el fin de responder a los interrogantes de nuestro tiempo.

Desde la misma estructura del catecismo (CEC 13), la fe aparece en cada una de sus partes (CEC 2558). Es el misterio de la fe que se profesa (primera parte), se celebra (segunda parte), se vive (terce-

ra parte) y se reza (cuarta parte). Así, sus cuatro pilares son:

- La Profesión de fe bautismal: el Símbolo de la fe (CEC 14).
- Los Sacramentos de la fe: la Liturgia (CEC 15).
- La vida de la fe: moral y mandamientos (CEC 16).
- La oración en la vida de la fe: Padre nuestro (CEC 17).

El Catecismo habla expresamente de la fe en tres lugares: al inicio de la Primera parte: La Profesión de la fe, desarrollando el «Creo-creemos» 26); en la tercera parte sobre la Moral cristiana, al tratar las virtudes teologales; y en la última parte al ver la fe de los modelos de oración en la historia de la salvación.

La profesión de la fe:

La fe (CEC 143) es un diálogo entre Dios y el hombre: Dios se revela y el hombre responde (CEC 1993). La Iglesia custodia y transmite el depósito de la fe (CEC 84, 175). Propone algunas verdades como dogmas (CEC 88). Y hay un progreso en el conocimiento de la fe (CEC 94). El hombre responde con la obediencia de la fe (CEC 144), como Abraham y María. La Iglesia es una Iglesia creyente (CEC 169), que profesa una sola fe (CEC 173).

¿Cuáles son las características de la fe? La fe es una gracia (CEC 153); es un acto humano (CEC 154); se comprende la fe (CEC 158); es un acto libre (CEC 160); pero es necesario creer para salvarse (CEC 161) y perseverar en la fe (CEC 162, 165); la fe es comunitaria (CEC 166, 185, 197); es inicio de vida eterna (CEC 164, 163).

¿Cuál es el objeto de la fe: en qué creemos? Creemos en Dios (CEC 150; 198-199); en Jesucristo (CEC 151, 429, 452-453, 516-518, 571, 616, 613.614, 619-623, 629-630, 636-637, 656-658, 665, 680-682); en el Espíritu Santo (CEC 152, 688); en la Iglesia (CEC 750, 778); en María (CEC 487): predestinación (CEC 488-489), inmaculada concepción (CEC 490-493), encarnación (CEC 494, 504-505); maternidad divina (CEC 495, 507), virginidad (496-501, 503, 506).

La Iglesia profesa públicamente su fe en dos fórmulas (CEC 167) o Símbolos (186-188, 193): el Símbolo de los Apóstoles (CEC 194) y el Credo

niceno-constantinopolitano (CEC 195). Creemos en realidades, no en las fórmulas que las expresan (CEC 170). Es un desarrollo de la profesión de fe bautismal (CEC 189), que tiene tres grandes capítulos según las Personas de la Trinidad divina (CEC 190), en 12 artículos (CEC 191).

La virtud de la fe:

Las virtudes teologales (CEC 1812-1813) son hábitos sobrenaturales infundidos por Dios con la gracia en el Bautismo; entre ellas está la fe (CEC 1814-1816). La justificación nos viene por la fe y el Bautismo (CEC 1987, 1991). La fe es una constante cooperación entre Dios y el hombre (CEC 1993). En el Primer mandamiento, que pide amar a Dios sobre todo, están los pecados contra la fe ((CEC 2087-2089, 2110-2128).

La fe en los modelos de oración:

Abraham es nuestro padre en la fe (CEC 2571-2572). Jesús enseña a orar en la fe (CEC 2609-2611, 2614, 2656). Nos acosa la tentación de la falta de fe (CEC 2732).

Proyecto nacional para la catequesis de adultos

La Conferencia Episcopal mexicana confió a la entonces Comisión episcopal de Evangelización y Catequesis (y luego Dimensión de pastoral catequética en la Comisión de pastoral profética) la elaboración de un Catecismo nacional, de acuerdo al Catecismo de la Iglesia católica.

No quisieron hacerlo para niños, sino discernir un proceso de formación en la fe para las comunidades, dirigido a los adultos, en el cual se ubicara el camino catequético de los niños. Y así, durante 10 años de trabajo en la cambiante Comisión (por los relevos ordinarios, y por la reestructuración de la CEM), han podido concluir ese trabajo.

Tenemos, pues, nuestro propio proceso nacional para la catequesis de adultos, en cuatro grandes etapas, para las cuales ya contamos con los respectivos materiales:

Una etapa kerigmática, con el título «Queremos ver a Jesús», presenta un libro con una guía para el anuncio en las casas que lleve a un encuentro con Cristo vivo, para congregar en grupos de retiro y perseverancia.

La segunda etapa, llamada de iniciación, es la propiamente catequética, con el título «Maestro ¿dónde vives?», destinada a la iniciación orgánica y sistemática en la fe cristiana. Tiene cuatro libros: I. Dios se revela en la historia; II. Jesucristo plenitud de la revelación; III. La Iglesia misterio-sacramento de salvación; IV. El hombre responde a Dios con la gracia. Todos los grupos pueden hallar ahí formación permanente para varios años.

La tercera etapa, con el título «Y se quedaron con Él... vivían unidos y tenían todo en común», insiste en la integración en la comunidad. Se contiene en un solo libro.

La última etapa es la de la misión en la Iglesia y en el mundo, siguiendo las líneas de Aparecida. Con el título «Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Noticia a toda creatura», pretende formar a los discípulos de Jesucristo como testigos y profetas de la Buena Nueva del Reino en la Iglesia y en el mundo.



Conclusión:

«El Catecismo de la Iglesia católica presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración» (PF 11).

FRASES CÉLEBRES SOBRE LA FE

«El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz»
(*Madre Teresa de Calcuta, 1910-1997*).

«No se vive sin la fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo»
(*León Tolstoi, 1828-1910*).

«Tener fe significa no querer saber la verdad» (*Friedrich Nietzsche, 1844-1900*).

«Todo el que cree, piensa. Porque la fe, si lo que cree no se piensa, es nula»
(*San Agustín, 354-430*).

«Una fe: he aquí lo más necesario al hombre. Desgraciado el que no cree en nada» (*Víctor Hugo, 1802-1885*).

«Hay más fe en una honrada duda, créanme, que en la mitad de las creencias»
(*Alfred Tennyson, 1809-1892*).

«La fe puede ser sucintamente definida como una creencia ilógica en que lo improbable sucederá» (*Henry-Louis Mencken, 1880-1956*).

«Aquél que tiene fe no está nunca solo» (*Thomas Carlyle, 1795-1881*).

«No debemos perder la fe en la humanidad que es como el océano: no se ensucia porque algunas de sus gotas estén sucias» (*Mahatma Gandhi, 1869-1948*).

«La fe engaña a los hombres, pero da brillo a la mirada»
(*Rabindranath Tagore, 1861-1941*).

«La fe no es visible ni se la puede tocar; pero la puedes sentir en tu corazón. La fe es lo que te afianza cuando otros se resignan. Es lo que te hace creer en la bondad de los demás y te ayuda a hallarla. Es confiar en un poder mayor que el tuyo y saber que pase lo que pase, este poder te ayudara a franquear lo que sea. Es creer en ti y tener la valentía de defender lo que tu crees. Es la serenidad en la tormenta, la determinación en la adversidad, y el amparo en las dificultades. Porque nada puede tocar el alma protegida por la fe» (*Barbara Cage*).